LUIS LINARES BECERRA y ANTONIO ESTREMERA

9978

SECRETARÍA PARTICULAR

JUGUETE COMICO

en tres actos y en prosa, original

Copyright, by L. Linares Becerra y A. Estremera, 1919

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1919

19

SECRETARÍA PARTICULAR

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous le pays, y compris la Suede, la Norvège et la Hôllande.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

SECRETARIA PARTICULAR

JUGUETE CÓMICO

en tres actos y en prosa

ORIGINAL DE

LUIS LINARES BECERRA y ANTONIO ESTREMERA

Estrenado en el TEATRO INFANTA ISABEL, el día 23 de mayo de 1919

MADRID

R Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11 dup

TELÉFONO, M 551

1919

Rafael Ramirez

el eminente actor y querido amigo nuestro, estrenó "Secretaría particular,, en la función de su beneficio.

Su labor artística y el cariño con que dirigió y representó este modesto juguete, le hacen acreedor a nuestro reconocimiento eterno, tan grande y tan sincero como nuestra admiración y nuestra amistad.

Luis Linares Becerra.

Antonio Estremera.

A Arturo Serrano

y a su Compañía.

Seríamos unos ingratos si no reconociéramos públicamente lo muy obligados que estamos al Empresario y a los artistas del Infanta Isabel.

A los pocos días de estrenarse SECRETARÍA PARTICULAR, *se separaron de la compañía del Infanta Isabel, Rafael Ramírez y Rafaela Lasheras, principales intérpretes de nuestro juguete. Entonces, Arturo Serrano—dándonos una prueba de amistad que nunca olvidaremos—improvisó un cambio de papeles, para no interrumpir las representaciones de la obra. Juanita Manso, Paco Alarcón, Tudela y Leyva, prestáronse gustosos a poner en práctica el plan de su empresario, sin otra preparación que un ensayo brevísimo.*

Paco Alarcón con su buen deseo y su arte, triunfó en toda la línea interpretando el larguisímo *papel de Agapito Canosa; Juanita Manso dió vida con singular fortuna al de Federica; Tudela supo encarnar a maravilla el de Teófilo y Enrique Leyva, con su autoridad acertó a interpretar el del señor Quejido.*

Agradecidos siempre, enviamos desde aquí las más expresivas gracias a los citados artistas y a nuestro buen amigo Arturo Serrano.

Luis Linares Becerra,

Antonio Estremera.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
FEDERICA	Rafaela Lasheras.
TINA	Nieves Suarez.
OLIMPIA	Blanca Jiménez.
TRINI	Carmen Rivera.
AGAPITO CANOSA	Rafael Ramírez.
TEÓFILO	Francisco Alarcón.
ACISCLO GÓMEZ	José Calle.
NARCISO BELLO	Francisco Pierrá.
EL CONDE DE COSPEDAL	Alfredo Alaiz.
AMALIO	Antonio Estévez.
DON BONIFACIO	Enrique Navas (padre).
EL SEÑOR QUEJIDO	Alfonso M. Tudela.
PEPE GÓMEZ	Enrique Navas (hijo).
LA REGLA	Antonio Estévez.
CALASPARRA	Pedro Oltra.
FERNÁNDEZ	Alfredro Alaiz.
PERIBÁÑEZ	Pedro Oltra.
UN CRIADO	Faustino Cornejo.
UN UJIER	Enrique Leyva.
UN CAMARERO	Manuel Miranda.

Varios socios del «Centro de esparcimiento y cultura»

La acción en Madrid.—Epoca actual

Derecha e izquierda, las del actor

ACTO PRIMERO

La escena representa el salón principal del CENTRO DE ESPARCIMIENTO Y CULTURA. Se está celebrando una Junta general extraordinaria Frente al público una larga mesa cubierta con un tapete de terciopelo. Esta mesa, destinada a la Junta Directiva, estará ocupada por los señores DON BONIFACIO DE LA CUESTA Y DE LA VEGA (Presidente), CABEZAS (Vicepresidente), y CALASPARRA (Secretario). En primer término, y sentados en sillas, butacas y sofás, los demás señores que forman la Junta general. Entre ellos figurará el SEÑOR QUEJIDO, que con acento lastimero se queja de todos los servicios del Círculo, el COMANDANTE LA REGLA, que invoca furiosamente el Reglamento, PEPITO GÓMEZ, que trata de tomar parte para tomar el pelo a todo el mundo, y los SEÑORES ACISCLO GÓMEZ, CALASPARRA, FERNANDEZ y OTROS.

—

(Al levantarse el telón el Presidente propone y planea una velada necrológica en memoria del socio artista fallecido don Perpetuo Silva. Varios socios quieren usar de la palabra al mismo tiempo, promoviéndose un gran escándalo que apacigua el Presidente moviendo enérgicamente las dos campanillas: la propia suya y la de metal blanco.)

BON. ¡Orden, señores socios, orden!... Estamos dando un espectáculo lamentable.

QUEJ. ¡Pido la palabra!

LA REGLA Que se lea el artículo 4.002.

UNOS ¡Que se lea!

OTROS ¡Que no se lea!

BON. ¡Señores socios!

LA REGLA Tengo perfecto derecho a pedir que se lea el Reglamento.

669593

PEPE Y yo lo tengo tan perfecto como su señoría a pedir que no se lea.

BON. Respeten sus señorías la autoridad de la presidencia.

LA REGLA Aquí no hay más autoridad que la del Reglamento.

ACIS. ¡Señor Presidente! He pedido la palabra hace un par de bienios.

BON. No le hemos oído a su señoría, señor Acisclo... Perdónenos.

ACIS. (Molesto.) ¡Señor Presidente! Le prohibo a su señoría que me vuelva a llamar señor Acisclo. O me llama su señoría don Acisclo o me llama señor Gómez; pero señor Acisclo no se lo tolero.

BON. Perdone el señor Acisclo... (Interrumpiéndose.) el señor Gómez.

ACIS. ¡Señor Presidente; no se moleste su señoría si desde ahora en lo sucesivo le llamo el señor Bonifacio.

BON. Perdone el señor Gómez... La costumbre de llamarle Acisclo en la vida privada... Tiene su señoría la palabra, pero le ruego que sea breve, porque llevamos hora y media discutiendo este asunto y hay otros de mayor interés que reclaman la atención de la Junta.

ACIS. Seré un meteoro... Se trata, señores, de celebrar una velada necrológica en memoria de nuestro malogrado consocio el exquisito autor dramático don Perpetuo Silva... Todos estamos conformes en que el «Centro de Esparcimiento y Cultura» debe rendir este homenaje de fervorosa admiración al llorado compañero que, tanto y tan ahincadamente trabajó por la prosperidad de esta casa.

FER. Hay además, señores, otra cosa...

BON. Pida su señoría la palabra.

FER. Pido la palabra... Hay además, señores otra cosa...

BON. Yo creo, señores, que este asunto está sobradamente discutido.

FER. Hay además, señores, otra cosa...

BON. Yo propongo a los señores socios que se nombre una comisión organizadora del homenaje.

FER. Y yo propongo que se me deje hablar. Es la tercera vez que me levanto y la tercera vez que me siento sin haber conseguido emitir

mi opinión. Y yo no he venido aquí para hacer gimnasia.

BON. Pero, ¿para qué va a hablar su señoría? ¿Es que tiene su señoría algo nuevo que decir?

FER. Era nuevo cuando pedí la palabra; pero dado el tiempo que ha transcurrido es ya arqueológico.

BON. Queda formada una comisión compuesta por los señores Avena Cabezas, Calasparra y Acisclo...

ACIS. Yo no acepto, señor Bonifacio.

BON. Entonces sustituiremos al señor Acis... al señor Gómez, con el señor Cañamaque. ¿Se acuerda?... Acordado.

FER. Pido que se me reserve la palabra para la primera sesión necrológica que se celebre, sea quien fuere la víctima.

BON. Recuerde el señor Fernández que ese ruego tiene maleficio. En idéntica forma se expresó en la sesión última don Perpetuo Silva y ya ve su señoría que en esta sesión nos estamos ocupando de su homenaje. Figúrese si le pasara lo mismo a su señoría.

FER. No importa. Que se me reserve la palabra de todas maneras. Está visto que no quieren dejarme hablar, ni vivo ni muerto.

BON. Ruegos y preguntas. El señor Quejido tiene pedida la palabra.

QUEJ. (En tono solemne y lamentable.) La he pedido para dirigir varios ruegos a la Junta Directiva, si es que se puede llamar Junta Directiva a ese haz de leña que se sienta en la presidencia.

BON. (Airado.) ¡Señor Quejido! Esas palabras no se las puedo tolerar a su señoría ni como presidente, ni como caballero, ni como licenciado en farmacia. Ruego a su señoría que las retire.

LA REGLA (Indignado.) Si no las retira se las come.

QUEJ. Sería lo único que se podría comer en este Círculo. A eso voy, señores, a eso voy. Veo con desagrado que no se halla presente el Vocal del comedor, señor Cabello de Angel, pero es igual. Tengan la amabilidad los señores socios de ver lo que me he encontrado en mi plato de puré de lentejas. (Sacando un pequeño paquete y mostrando a la asamblea el objeto que encierra.)

ACIS. ¡Un alfiler de corbata!

QUEJ. Le he mandado lavar después de escurrir el puré, porque no estaba presentable. Y yo pregunto a la Junta Directiva, a la Junta general y a don Gaspar Melchor de Jovellanos, si vamos a seguir regalándole al contratista del comedor quince mil pesetas anuales de subvención.

BON. A reserva de trasladar al señor Cabello la justa queja del señor Quejido, me permito adelantar a la Junta la seguridad de que esa falta que al señor Quejido le parece tan censurable, no es por parte del contratista otra cosa que una demostración de gratitud.

QUEJ. ¿Qué dice usted?

BON. Su señoría ha influído ostensiblemente porque el servicio de comedor se adjudicase al actual concesionario, y éste, que es hombre agradecido, no perdona ocasión de demostrarle su reconocimiento haciendo como que se le olvida algún objeto de arte en la comida de su señoría, siempre que su señoría utiliza el servicio de comedor.

QUEJ. La gratitud es muy laudable, sí, señor; pero tener que someter los purés a los rayos X es muy molesto. Y en cuanto a los objetos de arte, le diré a su señoría que el moscardón que me encontré anoche en los riñones no era precisamente la Giocconda... Y vamos con el segundo ruego, y también lamento que no se halle presente el vocal de peluquería y baños, señor Hermosilla, pero el señor Presidente tendrá la amabilidad de trasladarle mi pretensión... Mi pretensión es sencillamente, que los dependientes de la peluquería corten, ricen, rasuren, friccionen y ondulen a los señores socios sin inmiscuirse en su respetabilísima vida privada. Un ejemplo: ayer, uno de los oficiales, uno muy pinturero y muy charlatán que no se calla ni aun haciendo gárgaras, me dijo lo siguiente: «¡Vamos, señor Quejido... menuda tiaza llevaba usted anoche por la calle Mayor!... Era de una opiparez que calambreaba.»—Esa tiaza era mi señora.—«¿Su señora?... ¡Vamos, so pelmazo! ¡Qué más quisiera usted!»—Le repito a usted, amigo *coiffeur*, que era mi legítima esposa.—«Ja,

ja, ja!... No se ponga usted tonto, señor Quejido; ¿de dónde va usted a estar casado con una espeluznantez semejante?... ¡Hasta ahí podíamos llegar!...» Y eso de tenerle que pedir permiso a los peluqueros para tener la señora guapa, y encima darles un real de propina, no se puede tolerar ni con raya en medio.

CAL. ¡Naturalmente!... ¡Debió usted darle un puñetazo!

QUEJ. Yo no le doy un puñetazo al hombre que tiene una navaja en la mano, ni aunque haga chistes con mis virtuosos progenitores.

UNO Tiene razón el señor Quejido.

QUEJ. Dígame usted si esto no es para no volver a poner los pies en la peluquería aunque tenga que peinarme con trenza.

ACIS. Pido la palabra. Para rogar a la Junta general apruebe el vocabulario que voy a tener el honor de leer con destino al salón de peluquería, apercibiendo a los dependientes del mismo con una multa de dos pesetas, por cada palabra que dirijan a los señores socios, sin estar comprendida en el vocabulario de referencia.

TODOS Muy bien.

ACIS. (Leyendo unas cuartillas que ha escrito mientras el señor Quejido ha hablado.)

«Unicas frases que el personal de la peluquería podrá dirigir a los señores socios:
—¿Qué va a ser?
—¿Va suave?
—¿La quiere usted caliente?
—¿A qué lado se la entreabro?
—¿Con qué fricciono al señor?
—¿Le espolvoreo el cutis?
Y servidor de usted.»

TODOS ¡Muy bien!

BON. ¿Se aprueba la proposición del señor Acis clo?

ACIS. (Indignado.) ¡Señor Bonifacio!

BON. ¡Perdone su señoría!

ACIS. ¡No me da la gana!

BON. Como en la intimidad le llamo así a su señoría...

ACIS. También yo le llamo bruto a su señoría en la intimidad y no se lo llamo en público.

BON. (Resentido.) ¡Señor Acisclo! (Rectificando.) ¡Señor Gómez!

ACIS. (Furioso.) ¡Señor Bonifacio!... Como me vuelva usted a llamar señor Acisclo, le tiro a usted este sofá con sus socios correspondientes...

BON. Queda aprobada la proposición del señor...

ACIS. (Amenazador.) ¿Del señor qué?...

BON. Del señor que acaba de hacer uso de la palabra.

ACIS. ¡Ah, creía!...

BON. Señores socios: antes de levantar la sesión cúmpleme llevar a cabo un luctuoso deber. Se trata, señores socios, de expulsar a un compañero dignísimo, a un socio a quien todos profesamos un hondo y merecido afecto. Me refiero a don Agapito Canosa y Guzmán de Alfarache, al cual la Junta Directiva, y en su nombre el Tesorero señor Ladrón de Guevara, no ha tenido más remedio que declarar incurso en el artículo 77.000 del Reglamento, que dispone la baja de aquellos señores socios que estén en descubierto con el *comptoir* del Círculo. El señor Canosa lleva cerca de seis meses sin abonar sus facturas, y esta Junta Directiva se ha visto precisada a proponer a la General la expulsión del señor Canosa por falta de pago.

ACIS. (Recalcando mucho.) El señor Gómez pide la palabra.

(Carcajada general.)

BON. El señor Gómez la tiene.

FER. (Suplicante.) ¡Préstemela usted!

ACIS. Se la cedo al señor Fernández, que no ha conseguido hablar desde que se constituyó el Círculo.

FER. (Loco de alegría.) ¡Al fin! (Saboreando las delicias de la oratoria y recreándose en el exordio de su discurso.) ¡Señores!... Es la primera vez en mi vida que tengo el honor de dirigiros la palabra a pesar de tutearos a casi todos desde hace veintitantos años. Pero como las Juntas Directivas han hecho cuestión de gabinete que yo no hable más que en la intimidad, no he podido satisfacer mi justo deseo de hablaros colectivamente, hasta hoy, que he tenido la inopinada fortuna de que me

ceda el uso de la palabra nuestro querido consocio el señor Acisclo.

ACIS. (Hecho un basilisco al oirse llamar así.) ¡Señor Fernández!... ¿Cómo se llama su señoría de nombre?

FER. (Temblando.) Simón.

ACIS. Pues bien, señor Simón; oígalo usted bien: mientras yo sea socio del «Centro de Esparcimiento y Cultura», su señoría no habla más que en las tertulias. ¡Siéntese usted!

FER. (Humilde.) ¡Pero, señor Acisclo!

ACIS. (Rugiendo.) ¡Pero, señor fiacre! ¿Es que quiere usted que le ahogue?

FER. No, señor, no. No se enfade... ¡Es inútil rebelarse contra la fatalidad!... ¡No hablo! En la primera subasta me quedo con el servicio de peluquería. (Se sienta.)

ACIS. Pido la palabra sobre el señor Canosa.

BON. La tiene su señoría.

ACIS. Eso que se va a hacer con el señor Canosa es una barbaridad.

LA REGLA Que se lea el reglamento.

ACIS. Es una barbaridad aunque se lea el reglamento y aunque se lea «María o la hija de un jornalero». Es una vergüenza expulsar de nuestro seno, por unas miserables pesetas, a don Agapito Canosa, el hombre más bueno, más servicial y más infeliz que se pasea por bajo la capa del cielo.

QUEJ. El señor Canosa es un mujeriego irredimible. Yo sé que, a los dos meses de casado, huyó de él su esposa porque hacía el amor a una doncella.

ACIS. ... ¿Acaso al señor Quejido no le gustan las mujeres?

QUEJ. Me gusta la mía...

ACIS. Y al peluquero también.

QUEJ. Si el señor Canosa está arruinado, que busque un empleo.

ACIS. Ya lo busca y no le encuentra. Se trata, señores—todos le conocéis—de un hombre de bien, de un caballero cultísimo venido a menos y perseguido por la adversidad de una manera encarnizada.

BON. Lo único que se puede hacer, si a su señoría le parece, es conceder al señor Canosa un nuevo plazo para que liquide con el comptoir.

ACIS. Nos parece muy bien.

BON. Pues así se acuerda. ¿Hay algún otro señor socio que quiera hacer uso de la palabra?... ¡Se levanta la sesión!

QUEJ. Y de la dimisión de la Junta, ¿qué hay?

BON. Se ha levantado la sesión.

LA REGLA ¿Y de los doce mil duros de déficit?

BON. Repito que se ha levantado la sesión.

(Los de la Directiva se levantan.)

QUEJ. (Levantándose y a La Regla.) Esta Junta no tiene vergüenza.

LA REGLA Ocho mil pesetas nos ha costado la fiesta religiosa del día de nuestra Patrona... Ya habrá usted visto que nos ponen cincuenta duros de incienso...

QUEJ. ¡Demasiada mirra!... Ya sé yo quien se ha comido los cincuenta de mirras y los doce mil de marras; pero como se ha levantado la sesión...

LA REGLA ¿Cabezas?...

QUEJ. Él mismo. El mismo que se ha comido diez mil pesetas de alfombras y ocho mil de cortinajes... y veintitantas mil de carbón...

LA REGLA ¡Se va a hinchar! (Continúan hablando en voz baja. Los demás personajes han ido haciendo mutis. Quedan únicamente en escena, Acisclo, Pepito Gómez, Fernández y Calasparra.)

CAL. Pero, hombre, ¿cómo te molesta tanto que te llamen por tu nombre?

ACIS. Como te molestaría a ti que te llamasen el señor Eleuterio. ¡Yo no soy un tripicallero de la calle de la Ruda!

CAL. Es la costumbre.

ACIS. Pero también tienes tú la costumbre de ser idiota y nadie te lo echa en cara en las juntas.

CAL. ¡Muy amable!

ACIS. Te advierto, Calasparra, que estoy esta noche de un humor, que darme un pisotón, sin haber hecho testamento, es ganas de enredarles a los hijos la declaración de herederos...

PEPE Pero, hombre; ¿por qué se pone usted así?

ACIS. Porque no hay derecho a poner en evidencia a un infeliz como Canosa por un miserable puñado de calderilla; máxime, habiendo en la Junta Directiva quien se come hasta los fracs de los ordenanzas.

FER. ¿Tanto?

ACIS. Lo dicho. Le echa a usted el aliento el Secretario general y huele a vicuña... En fin, señores, hasta luego. Me voy porque no quiero empezar a decir disparates. (Hace mutis por el foro.)

PEPE Tiene razón. Lo que han hecho con Canosa no tiene disculpa.

(Aparece CANOSA por la izquierda y se dirige con los brazos abiertos a los personajes que hay en escena. Canosa es un hombre de unos cuarenta años. El pobre señor viste que es una carcajada. Lleva un pantalón verde y un chaquet color naranja con trencilla. Se ciñe, además, un chaleco de fantasía, cuya principal fantasía consiste en que es una criba. El hongo es rubio tirando a albino. La camisa, en cambio, tira al agua.)

CAN. ¡Amigos míos! ¡Ya sé cuanto habéis hecho por mí!.. ¡Dios os lo pague! Y digo Dios, porque yo no quiero contraer más deudas.

PEPE No nos diga usted nada, don Agapito. Hemos hecho cuanto se ha podido. Sobre todo Acisclo, que se ha marchado hace un momento. Si no fuera porque séque es usted incapaz de aceptarlo, hubiera propuesto que pagásemos entre todos sus recibos del comptoir.

CAN. ¡Jamás! Un Canosa y Guzmán de Alfarache, por mucho que descienda, no puede descender a ese extremo. Yo no comeré, ni fumaré, ni vestiré; pero nunca le pediré a un amigo dos pesetas, ni admitiré limosnas de nadie. Soy un hombre digno. Selo me queda, como Cyrano, el sello de mi grandeza... Dadme un pitillo. Un pitillo sí, porque al cabo es humo...

PEPE ¿Quiere usted tomar una gaseosa?

CAN. ¿Una gaseosa? Bueno. Que me la traigan. Al fin y al cabo es aire...

(Pepito llama a un Camarero, le da el recado. Después, se sientan junto a una mesita.)

FER. Y qué, don Agapito, ¿se le arreglan a usted sus cosas?

CAN. (Con una sonrisa lúgubre.) Mis cosas no las arregla mas que el sepelio. Desde que me levanto, hasta que me acuesto, voy de un lado a otro recorriendo Madrid en busca de una colocación, que me permita ganar tres pese-

tas... Ni una puerta se me abre, ni un horizonte se me ofrece... Estoy cansado de luchar... Estoy convencido de que no tengo más porvenir que la tumba.

CAM. (Sirviéndole y presentándole dos botellas a elegir.) ¿Fría?

CAN. ¿Es cancaneo?

CAM. Es gaseosa, señor Canosa.

CAN. Dámela de una temperatura benigna.

PEPE ¿Quiere usted un bocadillo?

CAN. ¿Cómo debo tomarlo?

PEPE Yo creo que con jamón.

CAN. Quiero decir que si debo tomarlo como dádiva o como un anticipo reintegrable...

PEPE Como usted quiera.

CAN. Si es como un anticipo reintegrable, traémelo de solomillo... Bueno, le debo a usted una cantidad de bocadillos que no la paga una tribu de caníbales hambrientos en quince meses.

PEPE No se preocupe de eso.

CAN. ¡Oh alma longanimística!... ¡Qué sería de mí sin este Círculo donde tantos y tan buenos amigos me restan!... Donde, sin rebajar mi indomable orgullo, se me convida; hoy, a una gaseosa; ayer, a un rosbiff; mañana, a lo que caiga; pasado, a lo que se tercie!...

CAL. ¿Lo cual quiere decir que cenará usted con nosotros en el Círculo?

CAN. Imposible, imposible, y lo siento, porque al pasar por el buffet he leído el menú y ¡hay paella!... No necesito añadir las metáforas encomiásticas, porque para mí la paella es la Iliada de la gastronomía. A mí me gusta de una manera alienada. Si a mí, en la agonía, me sirven una paella con cuchara de palo, el estertor se me convierte en una mazurca... y si no me la puedo comer, me la llevo.

FER. Parece mentira que tenga usted buen humor con las cosas que le pasan.

CAN. ¡Buen humor!... ¡Ay, Fernández de mi alma, es usted más infeliz que una tetera! Yo no me he pegado un tiro, porque para pegarse un tiro se necesita revólver y los revólvers cuestan dinero; yo no me he envenenado, porque digiero el ácido sulfúrico como si fuese agua de Seltz. Yo no me tiro al estan-

que del Retiro, porque floto... Yo, en fin, no me clavo un puñal en el corazón, porque cuando veo sangre me dan mareos... ¿Cómo, pues, va a suicidarse un hombre en estas condiciones?... El domingo, sin ir más lejos, intenté envenenarme; pero, ¡ay amigos de mi vida! ¡El sublimado me gusta!... Mojo pan en arsénico y me hago torrijas de estricnina... Mi pobre estómago agradece cuanto se le echa. Está visto que fumo dinamita y me trago el humo.

CAL. No tiene usted que pensar en esas cosas.

PEPE Ya verá usted cómo todo se arregla. No hay bien ni mal que cien años dure.

CAN. Mi mal, sí. No digo que me dure cien años; pero me va a durar lo suyo, porque mi desgracia, amigos míos, es expiación.

FER. ¿Expiación?

CAN. Ni más ni menos... Yo me casé hace diez años. Mi Valentina era un tesoro de encantos físicos y espirituales, y no obstante yo, ¡torpe de mí! me fijé, inconsciente, en otros encantos.. Mi esposa, al darse cuenta del conato de traición, desapareció una mañana del domicilio conyugal sin que, hasta ahora, haya yo vuelto a tener la menor noticia de ella.

CAL. Es extraño.

CAN. Desde entonces empecé a peregrinear sólo por el árido camino de la vida.

FER. ¡Pobre Canosa!

PEPE Sí, pero a pesar de todo no ha perdido la afición a las faldas. La otra noche le ví acompañando a una joven por la calle del Arenal.

CAN. ¡Ah, sí! Trini, un encanto de muchacha que trabaja en un taller de modista de esa calle. En el balcón hay un letrero enorme en el que se lee «robes», letrero que se justifica en las facturas de la casa. Pues bien, Trini había velado aquella noche y yo la acompañaba a su casa. Nada más natural.

CAL. Es verdad.

CAN. Por cierto, aquella noche me ocurrió un suceso desagradable. Al pasar por la Plaza de Isabel II, coincidimos con la salida del Teatro Real. Creyendo tal vez que Trini iba sola, un pollito metió la patita, y yo, justa-

mente indignado, la emprendí a golpes con él delante de todo el abono del segundo turno.

PEPE Es usted de armas tomar.

CAN. Soy un infeliz; pero la fatalidad me persigue en todos los órdenes de la vida... Por eso me espanta el porvenir. Si las promesas que se me han hecho no se cumplen en un plazo brevísimo, si yo no me coloco, aunque sea de botones en un continental, Agapito Canosa y Guzmán de Alfarache sube al cielo, aunque sea trepando, pero sube. (Al darse con la mano en el pecho, al accionar, hace una transición poniendo un gesto de alegría suprema. Mete su mano en el bolsillo y saca una moneda.) Y es, además, queridos amigos, que yo soy un cobarde. Sí, señores, yo soy un cobarde. Porque yo tengo una peseta. (La enseña.) ¡Una peseta!... Mientras ustedes se compadecen de mi humilde persona, yo, devorado por la fiebre y con mi peseta en la diestra, entraba en la sala de la ruleta decidido a todo... Como mi vida es una negación, pensé arrojar mi peseta a nones; pero no tuve el valor suficiente. Esperé, rodó la bola y ¡el 29! Un poco de decisión y hubiera tenido dos pesetas. Con dos pesetas, no me atreveré a sostener que la vida es amable, pero tampoco es ninguna grosería.

PEPE Se me ocurre una idea luminosa. ¿Quiere usted que hagamos una vaca?

CAN. Ya lo creo. ¿Y quién la va a llevar a pacer?

PEPE Yo mismo. Denme una peseta cada uno.

CAN. Ahí va... (Despidiéndose de la peseta.) ¡Que la Muñoza te sea leve.

CAL. ¿Viene usted?

CAN. No, porque si se pierde me da un colapso. ¡Por Dios, Pepito de mi alma! No se precipite. Tantee primero la partida. Mire que si se la llevan se adelanta para mí el día de la ascensión... ¡No juegue usted a pares, por la memoria de su madre! Si le entra por el ojo algún caballo, láncese; pero con tiento... mire que los caballos son muy falsos... ¡Desconfíe de los plenos, por el recuerdo de su santo padre!

PEPE Bueno, hombre, bueno. No tenga usted cuidado, que se hará lo que se pueda.

CAN. Yo aquí espero.

CAL. En seguida venimos...

FER. Hasta luego.

(Hacen mutis por la izquierda. Canosa, solo en escena, se arrellana en un sillón, poniendo los piés en una silla. A poco entra en escena, por la izquierda, PERIBAÑEZ. Se sienta al lado de Canosa. De pronto se levanta, pasea y vuelve a sentarse. Todo esto, desde que ha salido, lo hace canturreando confusa y nerviosamente.)

CAN. ¿Ha perdido usted?

PER. ¡Sí!... (Cantando.)

La donna e movile
cual piuma al vento...

CAN. ¿Mucho?

PER. La paga. (Cantando.)

muta d'acento...

CAN. ¿Y qué va a hacer usted, desdichado?

PER. ¡Pegarme un tiro! (Como antes.)

gon, golondrón,
golondrina de abril...

CAN. Pues sí que es el caso como para cantar el golondrón.

PER. Si me escuchase usted por dentro, oiría usted el Miserere de Eslava. Debo tres meses de casa. Mi mujer está si me obsequia o no me obsequia, que puede que me haya obsequiado a estas horas... Tengo empeñada hasta la bufanda... Me han llevado esta tarde la paga y cinco duros que le he pedido a Goyanes. Estamos a tres. Acompáñeme usted a sentir. (Da un puñetazo en la butaca y se marcha por el foro cantando.)

Con una falda de percal planchá
y unos zapatos bajos de charol.
¡Maldita sea la hora en que nací!

(ACISCLO y BELLO salen por el foro y se dirigen a Canosa.)

ACIS. Ahí está nuestro hombre!... ¡Don Agapito!

CAN. ¡Querido Acisclo!

ACIS. ¿No conoce usted al señor Bello? Sí, hombre, sí. Ha sido socio del Círculo... Se lo volveré a presentar. Don Narciso Bello. Don Agapito Canosa.

CAN. Tanto gusto.

NARC. Narciso Bello, en Palencia, en la calle Real.

CAN. Agapito Canosa, en Madrid, en la real calle.

ACIS. ¿A que no adivina usted, don Agapito, a qué hemos venido al Círculo el señor Bello y yo?

CAN. A cenar.

ACIS. Hemos cenado en el Ritz.

CAN. Hay quien nace de pie.

ACIS. Hemos venido a salvarle a usted.

CAN. ¿A salvarme?

NARC. Tanto como a salvarle...

ACIS. Sí, señor, a salvarle; dejémonos de eufemismos. Don Agapito, sepa usted que mi amigo Bello le ha encontrado una colocación.

CAN. (Desvaneciéndose.) ¡Acisclete de mi alma! Hay noticias que no se deben dar sin cloroformo.

NARC. Haces mal en esperanzarle, porque después de todo, es posible que no le convenga.

CAN. Me conviene. No sé de que se trata; pero me conviene.

ACIS. ¿Qué le parece a usted el cargo de preceptor del hijo de un marqués?

CAN. ¡Una bicoca!

ACIS. ¿Y cuarenta duros mensuales con comida y tabaco a discreción?

CAN. ¡Las mil y una noches!

NARC. Mi íntimo amigo, el marqués de Casa-Segura, una de las mayores fortunas de la Corte, senador vitalicio y futuro ministro, me ha encargado que le buscase un preceptor de confianza para su hijo Amalio, un muchachote de diecinueve años que no ha salido aún del cascarón.

ACIS. En cuanto éste me comunicó el deseo de los marqueses, yo me dije: «A don Agapito le ha caído el gordo». Y raudos como dos centellas hemos venido a buscarle a usted.

NARC. Los marqueses desean una persona de moralidad intachable y sólida cultura, en la cual puedan depositar su plena confianza.

ACIS. Yo respondo de la moralidad de don Agapito como de la mía propia. Y de su cultura, no digamos; tiene dos carreras, maneja dos o tres lenguas muertas y trae al retortero cuatro o cinco vivas. Mejor preceptor que don Agapito ni Aristóteles.

CAN. ¡Señores! No sé cómo expresarles mi gratitud... A usted, Acisclillo de mi alma, ¡qué

voy a decirle?... En cuanto a usted, señor Bello, señor Bellísimo, me ha hipotecado usted de ahora para siempre... Usted me pisa, usted me pega, usted me pulveriza.

NARC. Pero, ¿yo por qué?

CAN. Es un tropo. Quiero decir que usted es mi padre.

NARC. ¿De manera que está usted conforme?

CAN. Conforme y relamiéndome.

NARC. Pues no hay más que hablar. Mañana a primera hora se presenta usted en casa de los marqueses con esta tarjeta mía. (Le da una tarjeta.) Y en seguida le entregarán a su futuro discípulo.

CAN. Nada, nada; yo me encargo del pollo. ¿Dice usted que todavía no ha salido del cascarón?

NARC. Es un poco díscolo, pero en el fondo no es malo.

CAN. No importa; con cuarenta duros al mes, con casa y comida, convierto yo a Ravachol en Fray Luis de Granada... Bueno, yo, con permiso de ustedes, voy a salir un monento a la calle.

ACIS. ¿Pero adónde va usted?

CAN. A que me dé el aire para convencerme de que no estoy soñando.

NARC. ¿Quedamos en que a primera hora se presentará usted en casa del marqués?

CAN. A las seis menos cuarto de la mañana estoy llamando a la puerta.

NARC. ¡Hombre, por Dios!

CAN. Disculparán ustedes mi natural impaciencia.

ACIS. Hombre, sí. Pero como despierte usted a los marqueses al amanecer, no toma usted posesión de su empleo o lo toma usted con muletas.

CAN. Me retrasaré un par de horas. Me entretendré en darle un poco de bencina a este chaquet, que tiene aceite como para freir un día todos los cubiertos del Palace-Hotel... (Despidiéndose.) ¡Señor Bello!... Sin palabras... Suyo a discreción. Ha hecho usted una obra de misericordia más grande que la catedral de Colonia. ¡Dios se lo pague!... Adiós, Acisclín de mi alma... Dame un abrazo. ¡Dios te bendiga! (Al abrazarle llora de emoción.)

ACIS. ¿Está usted llorando?

CAN. Tengo los ojos que son dos Amazonas...

¡Adiós! (Haciendo mutis.) ¡Cuarenta duros al mes, y comido, vestido y fumado!... No me cabe en la cabeza.. Esto es un cuento de las mil y una noches. (Mutis.)

NARC. ¡Pobre hombre!

ACIS. Hemos hecho su suerte; ya te decía yo que era un infeliz. Y te advierto que vale una barbaridad... Habla el inglés que estás oyendo a Shopenhauer, y en matemáticas es un tío. En física y en química está una burrada de empollado. Y sabiendo historia es un bárbaro. Y en latín es bestial, y en griego lo mismo...

NARC. ¡Qué bruto!

ACIS. Es un cafre sabiendo. No tendrán queja los marqueses.

NARC. A propósito. Aunque no creo que sea necesario, he olvidado decirle que su señora ha de ir a vivir al palacio de Casa-Segura.

ACIS. ¡Eh!... ¿Qué dices?

NARC. Que no se opondrá la mujer de don Agapito a...

ACIS. ¿Pero hablas de la mujer de don Agapito?

NARC. Naturalmente. ¿No es casado? Tú me lo has dicho.

ACIS. Sí; pero está separado de su mujer hace muchos años y no sabe una palabra del santo de su nombre.

NARC. ¡Atiza! ¡Buena la hemos hecho! Pues entonces no hay nada de lo dicho... Esa es, precisamente, la única condición que pone la marquesa al preceptor.

ACIS. ¿Que sea casado?

NARC. Sí, y que viva allí con su mujer. La Marquesa lo hace cuestión de gabinete. Ella quiere que el preceptor modere las nacientes aficiones de su hijo hacia el bello sexo y para alejar la posibilidad que éste encuentre en aquel un aliado...

ACIS. Comprendido; exige que sea casado... ¡Pobre Canosa! Cualquiera le dice que se ha quedado otra vez sin colocación. ¡Sería matarle!

NARC. Pues no hay otro remedio.

ACIS. Sería una crueldad. Aquí no hay más que una solución.

NARC. ¿Cuál?

ACIS. Buscarle una mujer a don Agapito. Una

mujer que no tenga inconveniente en pasar por su mujer.

NARC. ¡Eso es un disparate!

ACIS. No te alarmes. Tengo mi plan. Nosotros nos ponemos de acuerdo con Olimpia por ejemplo, que tiene tipo de señora. Esta, convenientemente aleccionada, se presenta en casa de los Marqueses diciendo que es la mujer de Canosa.

NARC. Muy bien.

ACIS. Hace como que se instala en el palacio y a las pocas horas recibe un telegrama en el que la anuncian la extrema gravedad de una tía suya que vive en provincias y sale por la tarde para tomar el primer tren.

NARC. ¿Y qué?

ACIS. Luego prolongamos la enfermedad de la tía hasta que don Agapito tome arraigo en la casa y una vez conseguido esto ya veremos el modo de desenlazar esta historia. ¿Qué te parece?

NARC. No está mal. ¿Pero si el Marqués se entera? Ya conoces mi situación en aquella casa. A él le debo el acta.

ACIS. ¿Cómo se ha de enterar? Ni tú, ni Olimpia, ni Canosa, ni yo se lo vamos a decir. Convéncete; mi plan es excelentísimo.

NARC. Bueno; sea como quieras.

ACIS. Nada, decidido. Ahora mismo nos vamos a casa de Olimpia. Luego escribo yo a Canosa advirtiéndole, y tú a la Marquesa.

NARC. ¿Y qué le digo?

ACIS Pues para que no le extrañe que no se presente la señora de don Agapito con él, la dices, cualquier pretexto; por ejemplo, que ha ido de compras y que se presentará más tarde.

NARC. Me vas a meter en un lío; pero en fin, con tal de que ese pobre hombre tenga que comer...

ACIS. No te preocupes. Tú no sabes la maña que me doy para arreglar estas cosas.

NARC. Sí, pero...

ACIS. Comprenderás que después de haber resucitado a Canosa no tenemos derecho a darle la puntilla. Anda a casa de Olimpia. (Hacen mutis por la derecha)

CAN. (Aparece por el foro.) ¡Se me había olvidado la

vaca! ¡Una tontería de amnesia! Bueno; me he ido a la calle; me he pellizcado; me he mordido la lengua; he cantado la salida de *Marina*; me he escuchado a ver si roncaba y me he convencido de que esa historieta de Hoffman que me ha contado Acisclo es nna realidad contante y sonante. (Mirando hacia la izquierda.) ¡Repilsen! ¡Los de la vaca! ¡Ay, madre de mi alma, qué caras traen! ¡Ha habido hule!

(PEPITO, FERNANDEZ y CALASPARRA salen por la izquierda.)

PEPE ¡Don Agapito, no he podido hacer nada! Hemos tenido mala pata.

FER. En cambio la casa se está hinchando.

CAN. ¡Qué se le va a hacer! Afortunadamente mi calvario ha concluído, amigos míos.

PEPE ¡Qué dice usted, don Agapito? Leo en sus ojos una ráfaga trágica.

CAN. Está visto que no entiende usted de ráfagas. Señores; tengo el honor de comunicarles a ustedes que estoy colocado desde mañana.

PEPE ¿De veras?

CAN. Soy el preceptor del hijo de los Marqueses de Casa-Segura. Cuarenta duros de sueldo, casa, ropa, comida y tabaco. No es una novela de Julio Verne.

PEPE ¡Don Agapito! ¡Venga usted a mis brazos. (Le abraza.)

CAL. ¡Y a los míos! (El mismo juego.)

FER. ¡Que sea enhorabuena!

PEPE No necesito decirle cuánto lo celebro. ¡Venga usted otra vez a que le estreche! (Otro abrazo.)

CAN. ¡Soy opulento, amigos míos!

CAL. ¿A quién le debe usted esa colocación?

CAN. A Acisclo y a un amigo suyo, don Narciso Bello, a quien Dios bendiga.

PEPE Pues esa noticia hay que mojarla en el comedor. Usted cena con nosotros.

CAN. No puedo. Mil gracias. Tengo mucho que hacer. Me voy. Adiós, amigos míos... Pepito, hijo mío, ¿me permite usted un anticipo reintegrable de una diez?

PEPE ¿Cómo de una diez? Si le tengo que dar a usted lo de la vaca.

CAN. ¿Lo de la vaca? ¿Pero no hemos perdido?

PEPE Perder no; pero hemos ganado una insigni-

ficancia. Siento que no le corresponda una cantidad suficiente al menos, para saldar la cuenta del comptoir; pero en fin, ahí tiene usted. (Entregándole unas monedas.) Le corresponden dos duros.

CAN. (A punto de desmayarse.) ¡¡Dos duros!! ¡Dios mío! ¡Si es sueño no me lo interrumpas! ¿Y dice usted que no me iba a salvar del comptoir? ¡Pero si en el comptoir no debo más que tres ochenta! Con estos dos duros pago como un Guzmán, ceno como un Medinaceli y me sobra además una peseta... una peseta que me voy a emplear ahora mismo.

PEPE ¿A dónde va usted?

CAN. A convencerme de que no sueño. Al cuarto de baño a soltarme una ducha. (Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La escena representa un lujosísimo salón del palacio de los Marqueses de Casa-Segura. A la derecha, en último término, puerta de entrada. En primer término otra puerta que se supone da acceso a una galería de cuadros.

A la izquierda otras dos puertas laterales. En la escena muebles de mucho gusto y de gran valor. En el centro de la escena una pequeña mesa con periódicos ilustrados, revistas, etc., etc. Sobre esta mesita habrá un aparato telefónico.

—

(Al levantarse el telón aparece por la segunda derecha un CRIADO invitando a entrar en escena al CONDE DE COSPEDAL, que viste correctamente de levita. Este personaje es un hombre que aunque tiene más de cincuenta años, representa algunos menos. Por su gran distinción y empaque, se echa de ver al momento su costumbre de alternar en las más altas esferas sociales.)

CONDE Seguramente tendrá usted orden de no franquear la entrada a nadie. Son las nueve de la mañana y mi visita es demasiado intempestiva.

CRIADO El señor aún no ha salido de sus habitaciones, pero le avisaré al momento.

CONDE Dígale que solamente me atrevo a molestarle tratándose como se trata de un asunto político...

CRIADO Está bien, señor Conde.

CONDE Mejor dicho, de un deber patriótico.

CRIADO Así se lo diré. (Hace mutis por la primera izquierda.)

CONDE (Recapacitando.) El nombre del Marqués de Casa-Segura en Gobernación, indudablemente es una garantía. No ha sido Ministro

nunca; no está gastado; no tiene enemigos; no tiene talento... Indudablemente es un acierto. Se pondrá contentísimo y su mujer más contenta que él... Ella será de hecho la que desempeñe la cartera.

CRIADO (Anunciando.) El señor Marqués. (Vase.)

TEÓF. (Que sale por la primera izquierda. Es hombre bonachón y poco inteligente. Frisa en los sesenta años.) ¡Querido Conde!

CONDE ¡Marqués, mil perdones!... Discúlpeme... Ya comprendo que la hora...

TEÓF. ¡Nada, nada! Usted viene a su casa... Usted es mi jefe y mi amigo de crepúsculo a crepúsculo. Siéntese y mándeme.

CONDE Pues bien, querido Marqués; usted no ignora que anoche, a las veintidos cincuenta, me honró S. M. llamándome a consulta...

TEÓF. ¿Cómo ignorarlo, querido jefe?

CONDE La solución de esta crisis que tan hondamente preocupa a la nación en estos momentos culminantes, era una incógnita hasta anoche...

TEÓF. ¡Qué oigo! ¿Ya no lo es? ¿Acaso el Soberano?...

CONDE Sí, querido Marqués. S. M. me ofreció anoche el Poder, a condición de constituir un Gobierno de altura formado por hombres modernos capaces de desarrollar esa política renovadora que late hoy en los corazones de todos los hombres eminentes.

TEÓF. Cierto. En el mío late.

CONDE Estamos indentificados.

TEÓF. ¿Pero ha aceptado usted el cargo de formar Gobierno?

CONDE Aún no. Ahora voy a Palacio a contestar al Monarca. Necesito, ante todo, contar con la cooperación de usted.

TEÓF. Yo estoy siempre al lado de mi jefe. Yo soy un perro; ya lo sabe usted, Conde.

CONDE No se trata de perros. No basta con estar a mi lado. Es preciso sacrificarse; martirizarse, más bien.

TEÓF. ¿Qué quiere usted decir?

CONDE Quiero decir que tiene usted que aceptar la cartera de Gobernación.

TEÓF. ¿Yo?... ¿Yo a Gobernación?

CONDE Si usted no acepta, declino el cargo que S. M. se ha dignado hacerme.

TEÓF. Yo, la verdad... por un lado la Patria... Por otro lado... ¡No sé qué decir!

FED. (Aparece rápidamente por la primera izquierda. Su léxico es ampuloso y su cara más ampulosa aún.) ¡Que sí! Tú dices que sí. Mejor dicho; has dicho ya que sí... Pero ante todo... ¡Oh, soy una amnésica! Conde, perdone que no le haya homenajeado; pero la emoción, la sorpresa...

CONDE Por Dios, Federica...

FED. He surgido espontánea y tal vez brutal, porque al pasar hacia mis habitaciones, oí la pregunta de usted, y antes de que contestara mi esposo, he salido temiéndome una respuesta nefasta, porque sería antipatriótica... Sí, Teófilo, irás a Gobernación; la patria y yo te lo exigimos. Con la patria podrías disculparte; conmigo, ya sabes que no te vale... Ya lo sabe usted, Conde. Teófilo irá a Gobernación.

TEÓF. Pero, Federica...

FED. Irás a Gobernación. Iniciativas no nos faltan. Voluntad, la tenemos.. Iremos a Gobernación. Corra usted, Conde, al regio alcázar y comunique a S. M. que aceptamos.

CONDE ¿Es cosa resuelta?

FED. Resueltísima. O va él a Gobernación o le llevo yo.

CONDE En ese caso quedo tranquilo.

FED. Puede usted estarlo y además yo le fío que Teófilo saldrá airoso... No diré yo, arrebatada por el cariño de esposa, que mi marido sea un cerebro privilegiado; no señor, eso no, porque ¿para qué nos vamos a engañar? Pero de eso a decir, como dicen humorísticamente en el Senado, que es un metro cúbico de asfalto con sombrero de copa, hay un abismo.

TEÓF. ¡Federica!

CONDE ¡Por Dios, Marquesa! No haga usted caso de insidias. Eso es el grito de la impotencia y la envidia. Todos conocen y pregonan el desinterés y el patriotismo del Marqués de Casa-Segura. Nada, nada. No hay más que hablar. Ahora voy a Palacio y si el Rey tiene la bondad de aprobar mis planes, solo me resta comunicarle a usted la hora de la jura.

TEÓF. Perfectamente, Conde.

CONDE Ahora bien; es preciso que me haga usted un favor.

TEÓF. Usted dirá.

CONDE Tiene usted que visitar a Bernáldez.

FED. ¿Va Bernáldez al nuevo Gobierno?

CONDE Sí señora, a Fomento. Bernáldez conoce mejor que nadie los problemas de la agricultura, tiene un cortijo en Jaén; tiene un cuñado ganadero; veranea en Torrelodones. Es lo que se dice un técnico.

TEÓF. Y a Hacienda, ¿quién va?

CONDE ¿A Hacienda? Lugones. Ya recordará usted lo bien que quedó cuando la recogida de las pesetas sevillanas.

FED. ... Y de las vascongadas, castellanas y leonesas.

CONDE Teníamos esta deuda con él.

FED. Ya veremos lo que recoge este año.

CONDE Conque, Marqués, lo dicho, dicho. Queda usted en ver a Bernáldez, y yo quedo en avisarle la hora de la jura.

TEÓF. Convenido.

CONDE A los pies de usted, Marquesa, y que sea enhorabuena.

FED. Gracias, Conde.

TEÓF. Agradecidísimo, querido jefe.

CONDE No soy yo; es la patria. (El Conde hace mutis por la segunda derecha. Teófilo le acompaña y vuelve luego a escena.)

FED. ¡Tú Ministro, Teófilo, tú ministro!

TEÓF. Y tú también, mujer, no seas celosilla.

FED. Ah, no quedarás en ridículo. Yo te inspiraré. Seré tu ninfa Egeria. Se me ha ocurrido ya un Real Decreto y eso que aún no has sido nombrado.

TEÓF. Bueno, hay que darle la noticia a nuestro hijo.

FED. Ya puedes dársela con un do de pecho, porque nuestro hijo está en el mejor de los sueños.

TEÓF. ¿Aún no se ha levantado?

FED. Claro. Anoche volvió a casa a las cuatro de la madrugada. Como su señor padre no le regaña nunca.

TEÓF. Mujer, está en la edad.

FED. Eso es. Está en la edad de no tener vergüenza. Tú vas a ser su perdición por tu excesiva condescendencia. No le reprendes; así

está él. Alterna constantemente con malos amigos y con deleznables mujerzuelas. No le basta con el dinero que le damos. Las alhajas le duran cuatro días.

TEÓF. Exageras, Federica.

FED. Ayer, sin ir más lejos, le pregunté qué hora era y me respondió con una conjetura.

TEÓF. Eso indica que es un buen calculista.

FED. Lo que indica es que el Longines repetición ha pasado a mejor vida.. Y el mes pasado empeñó los gemelos de los puños, dos rubíes cabuson, regalo de la de Oñate, y para que yo no me enterara ha tenido que estar cogiéndose los puños toda la semana con dos cerezas. ¡Es un verdadero Rafles!

TEÓF. ¡Mujer, por Dios!

FED. Pero, ¿cómo le vas a censurar, si es un retrato tuyo?

TEÓF. Es natural, mujer. No se va a parecer al Algabeño II.

FED. Desaplicado, pero inteligente y mujeriego. Un retrato tuyo.

TEÓF. ¡Mujer!

FED. ¡Un retrato tuyo, que no piensas más que hacer conquistas... ¡A tus años!

TEÓF. Federica, que me estás faltando como marido y como Consejero.

FED. ¿Crees, acaso, que no he observado que te gusta Madame Tina, mi modista de sombreros?

TEÓF. ¡Qué disparate!

FED. No creas que tengo celos de una menestrala, no. Lamento únicamente que hagas el ridículo. Madame Tina es una mujer honrada. Ha estado varios años establecida en Buenos Aires y nadie ha tenido que decir nada de ella.

TEÓF. Ni de mí tampoco, aunque no haya estado establecido en Buenos Aires.

FED. Eres de una inmoralidad que subleva.

FED. ¡Mujer, que voy a ser Ministro!

FED. Menos mal que vas a serlo de Gobernación. En Instrución Pública serías un peligro nacional. En Gobernación no tienes que entendértelas mas que con la Guardia civil.

TEÓF. Lo mismo que en casa.

FED. (Indignada por la alusión.) ¡Teófilo!

CRIADO (Saliendo por la segunda derecha.) Señor Marqués,

un caballero, que dice que se llama don Agapito Canosa, pregunta por el señor.

TEÓF. No me suena.

FED. Sí, hombre; el preceptor de nuestro hijo; el recomendado de Bello. Que pase.

(Vase el Criado.)

TEÓF. (Aparte.) Este hombre me puede salvar.

FED. (Aparte.) Este hombre puede ser mi aliado.

CAN. (Muy atusado y cepillado, pero con la misma ropa que en el acto anterior, aparece por la segunda dibujando en su rostro la más amable de sus sonrisas.) ¿Los señores Marqueses de Casa-Segura?

FED. Pase usted, señor Canosa, pase usted. Está usted en su casa.

CAN. Mil gracias, señores Marqueses.

TEÓF. Me parece que no es ésta la primera vez que le veo y esto me proporciona una verdadera satisfación, porque desde el principio me fué usted altamente simpático.

CAN. El señor Marqués colorea mi rostro.

FED. Yo me complazco en manifestarle que tenemos de usted inmejorables referencias.

CAN. La señora Marquesa escarlatea mis mejillas.

FED. El señor Bello, nuestro buen amigo, nos ha hablado de usted con gran elogio.

CAN. Es un ángel, señora Marquesa. Un ángel de Boticcelli, de Rafael, de Leonardo.

TEÓF. Hace unos momentos he recibido su carta, en la que me anuncia que su señora no vendría con usted.

CAN. (Con gran extrañeza.) ¿Eh? ¿Cómo? ¿Pero es que debía venir conmigo la señora de Bello?

FED. No, hombre; la señora de usted.

CAN. ¡Mi madre!

FED. Su señora.

TEÓF. Naturalmente.

CAN. ¿Mi señora? Pero si...

FED. Está de compras y luego vendrá, según nos indica Bello.

CAN. ¿De modo que la señora Marquesa sabe que mi mujer está de compras... y que vendrá luego?... ¡Ya! ¡ya! ¡ya! ¡Mi señora de compras!... Sí, claro, es su debilidad. Siempre está de compras. Yo le digo todos los días: «No compres tanto». Y ella compra que te compra... No sé por dónde vamos a salir... (Aparte.) Menos mal que es entresuelo.

FED. Aquí tengo la carta en que Bello y Acisclo me dicen lo de su señora.

CAN. ¿Que Acisclo y Bello le han dicho lo de mi señora?

FED. Sí. Véala. Aquí la tengo. (Dándole una carta)

CAN. (Leyendo.) «El señor Canosa se presentará hoy por la mañana. Su esposa tiene que hacer algunas compras y no irá hasta más tarde. Nosotros la acompañaremos. (Sin leer, aparte y en el colmo de la estupefacción) ¡Esto es un sueño! Yo me he quedado dormido en un diván del Casino y estoy soñando... Me voy a dar un pellizo. (Se pellizca.) ¡Ay!... Pues me he hecho daño.

FED. Todo esto lo avisan sus amigos porque yo les advertí que el preceptor de mi hijo, como condición indispensable, tenía que ser casado y vivir con su mujer en nuestra casa.

CAN. (Aparte.) ¡Me han gastado una broma sangrienta!... Bueno, volver yo a ver al señor Acisclo y comerse el señor Acisclo cuatro muelas engarzadas en mi paraguas, todo va a ser uno y lo mismo.

FED. En el piso segundo tiene las habitaciones donde ha de morar con su esposa.

TEÓF. Por cierto que la señora de Canosa es muy guapa, pero muy guapa... Pero no una cosa así vulgar y pasadera, no; es muy guapa. Vertiginosamente guapa.

CAN. ¿Qué dice usted, señor Marqués?

TEÓF. Yo la encuentro muy guapa.

CAN. Pues yo no la encuentro. (Aparte.) ¡Cómo la voy a encontrar!

FED. ¿Cuándo has conocido a la señora de don Agapito?

CAN. Eso me pregunto yo: ¿Cuándo ha conocido usted a mi señora?

TEÓF. Hace unas cuantas noches a la salida del Real. Usted pasaba con su señora por la calle. Un mal educado, sin duda, cometió una impertinencia que no viene al caso, y usted, justamente indignado, descargó un puñetazo sobre el atrevido.

CAN. Dos, señor Marqués.

TEÓF. ¿Lo recuerda usted?

CAN. Y él, supongo que también lo recordará. Me le llevé media nariz a casa.

TEÓF. Pues yo, testigo presencial de aquella épica

escena, me fijé en usted y en su señora. Más en su señora, naturalmente.

CAN. (Aparte.) ¡Se ha fijado en la Trini!... ¡Estoy perdido!

TEÓF. Y no puedo menos de reconocer que ha tenido usted muy buen gusto.

CAN. El gusto ha sido el mío. (Aparte.) ¡No sé lo que me digo!

TEÓF. Por su aspecto se ve que es de buena familia.

CAN. Regular.

FED. ¿Estaban sus padres en buena posición?

CAN. Regular... Tenían la contrata del coche correo de Navamorcuende.

TEÓF. ¿Les iba mal?

CAN. ¡Psth! Iban tirando...

FED. La pobre, tal vez tuyo que aprender a ganarse la vida con su trabajo.

CAN. Sí, señora, sí. Se la ganaba. (Aparte.) Y yo creo que se la va a ganar.

FED. ¡Pobre ángel! ¿Y qué era antes de casarse con usted?

CAN. Soltera.

FED. Lo suponía.

CAN. Quiero decir que de soltera se dedicaba a las labores propias de su sexo. Además jugaba al billar cuando el coin estaba de moda. Hacía carambolas maravillosas. Yo la conocí en una reunión... la hice dejar el taco y me uní a ella por amor.

FED. ¡Por amor! ¿Has oído, Teófilo? ¡Por amor ¿Y la seguirá usted amando?

CAN. ¡Con idolatría!

FED. ¿Y nunca habra cruzado por su mente la criminal intención de traicionarla?

CAN. ¡Qué ha de cruzar, señora!

FED. ¿Oyes, Teófilo, oyes?

TEÓF. Vamos, Federica, no te pongas romántica.

FED. Pues bien, señor Canosa. Yo quiero que haga usted de mi hijo un hombre como usted... Un hombre modelo, probo, honrado...

TEÓF. Mientras redondeas el párrafo voy a llamar al chico para presentárselo a su futuro preceptor.

CAN. Me incendio en deseos de conocerlo. (Vase el Marqués primera izquierda.)

FED. (Con misterioso acento trágico) ¡Canosa!

CAN. (Muerto de miedo.) ¡Señora!

FED. (Declamando dramáticamente.) ¡Yo soy una mujer que sufre!... ¿Ve usted ese hombre que se ha ido?

CAN. Desde que se ha ido no le veo.

FED. Pues bien; ese hombre es un monstruo que me engaña; ese hombre, ahí donde usted no le ve, es un sátiro dantesco; ese hombre enamora a todas cuantas mujeres encuentra a su paso.

CAN. Será inútil. Con esa cabeza...

FED. Antes de casarme con él presentía lo que me iba a suceder.

CAN. ¿Y por qué se caso usted?

FED. Yo no me casé. Me casó mi madre...

CAN. Eso es otro cantar.

FED. Puedo asegurarle que a mí no me ha durado la tranquilidad ni un mes; a mí no me ha durado una doncella quince días. Al primer vaso de agua que le sirve se declara.

CAN. ¡Agua!

FED. (Con misterio.) Yo tengo una sombrerera.

CAN. Es una cosa muy practica.

FED. Pues bien; ¡tiemble usted! Mi marido la hace el amor.

CAN. ¿A la sombrerera?

FED. A madame Tina; sí, señor.

CAN. ¿Pero está usted segura?

FED. Segura, no; pero tengo tal montón de indicios que no hay quien me quite de la cabeza lo de la sombrerera.

CAN. ¿Y madame Tina le corresponde?

FED. Lo dudo. Yo la creo honradísima; pero quiero salir de dudas, y si usted me ayuda, saldré.

CAN. Salgamos, señora.

FED. Usted puede vigilarle. Usted puede ser mi confidente. Usted puede descubrirlo todo...

CAN. Señora Marquesa... no sé si debo...

FED. Usted ha entrado en esta casa con doscientas mensuales. ¿No es eso?

CAN. Sí, señora.

FED. Pues bien, yo le daré a usted todos los meses doscientas pesetas más; pero ha de descubrir...

CAN. ¡Basta, señora Marquesa, basta! Por doscientas pesetas descubro yo América y devuelvo dos duros.

FED. Por cada confidencia, cincuenta pesetas extraordinarias.

CAN. Desde este momento tiene usted a su servicio al auténtico Sherlock-Holmes.

FED. Y ahora, ¡silencio!... Que nadie sospeche... ¡ni una mirada!

CAN. ¡Ni un suspiro! (Federica hace mutis por la segunda izquierda.) ¡Agapito, vuelve en ti, hijo mío! ¿En dónde estás, alma de mi alma? ¿E-tás en el Banco de España con un talonario de cheques y una cuenta corriente que es una catarata, o estás en la calle del Sombrerete, 25, sotabanco, letra B prima, soñando con la resurreción de la carne? Lo que me pasa a mí, le pasa a Robinson Crusoe, y le llaman imaginativo. ¿Qué querrá decir la carta de Bello y Acisclo? ¿Y eso de mi mujer? ¿Qué broma trágica es esa que me han gastado? ¿Quién es esa tontería de Venus clásica que viene de compras?... Yo debía salir de aquí inmediatamente... Pero aquí hay un filón, y yo exploto ese filón aunque me coja una explosión de grisú. ¡No faltaba más!

TRINI (Sale por la segunda derecha. Viene de la calle y trae una de esas cajas que usan las modistas.) ¿Da su permiso la señora?

CAN. (Al ver a Trini da un salto de felino y exclama.) ¡Refilón!... ¡La Trini aquí!

TRINI ¡Canosa! ¡Canosilla!

CAN. ¿Tú aquí? ¿Qué significa esto?... Habla, explícate... ¿Qué caja es esa? ¿Qué sonrisa es esa? ¿Qué formas son esas?

TRINI Pero, hombre, ¿qué tiene de particular? Vengo de mi taller a probar unos vestidos a la Marquesa de Casa-Segura... ¿No vive aquí?

CAN. Aquí, sí.

TRINI Me ha dicho el criado que estaba en esta habitación... Pero,bueno... ¿y tú? ¿Qué haces tú en esta casa?

CAN. Nickartear.

TRINI ¿Pero qué te pasa? No estás conmigo como otras veces... Ni siquiera me has acariciado la barbilla. Tú, el galanteador sempiterno.

CAN. Tienes razón, Trinita... Tú, la más simpática, la más adorable, la más opípara de las Trinis... Permíteme que te abrace, permíteme que te masagee... Estaba distraído, esta-

ba ensimismado... (Le da un abrazo que ella trata inútilmente de esquivar.)

TEÓF. (Saliendo por la primera izquierda y sorprendiéndoles abrazados.) ¡Caramba! Eso no es un abrazo; eso es la Compañía Eléctrica de Tracción.

TRINI ¡Ay!

CAN. (Aparte.) ¡Me he caído!

TEÓF. No se asuste usted, señora... No tiene nada de particular. Yo, en su lugar, haría lo mismo, y no digo que más, porque yo no soy de la Gimnastica Española.

CAN. Perdone el señor Marqués; pero, ¡claro!... ¡El primer pronto!

TEÓF. ¡Quiere usted callar, hombre de Dios! Eso me satisface. Nada más natural. Vamos, abrácela.

CAN. Pero...

TEÓF. Abrácela, hombre, abrácela.

CAN. (Aparte a Trini, al tiempo que la abraza.) ¡Aguántate, por tu madre!

TRINI ¡Quita, eres un fresco!

CAN. (Como antes.) ¡Por tu distinguido padre!

TEÓF. Más fuerte. Como si estuvieran ustedes en pleno campeonato (Aparte.) Bueno, este hombre abraza que es una tuerca.

CAN. (El mismo juego.) Aguántate aunque te lamine o me pierdes. (Aparte.) Yo la dejo como para servir de señal en un libro.

TRINI (Aparte, a Canosa.) ¿Pero qué es esto?

CAN. ¡Calla!

TEÓF. ¡Soy un fisonomista verdaderamente genial! La he reconocido en seguida.

CAN. Sí, ¿eh? (Trata de hacer señas de inteligencia a Trini que no comprende nada.)

TEÓF. Verdad es, amigo Canosa, que ha tenido usted muy buen gusto.

CAN. Muchas gracias. Ya ha tenido el señor Marqués la amabilidad de decírmelo quince veces. (A Trini.) Da las gracias.

TRINI Pero...

(Para impedir que hable Trini, Canosa golpea repetidamente con los nudillos en la tapa de la caja de Trini, semejando el redoble de un tambor.)

TEÓF. (A Trini.) Y qué, ¿viene usted de compras? ¿Por lo visto ha comprado usted medio Madrid?

TRINI ¿Yo? (Nuevo redoble de Canosa.)

CAN. Sí; es lo que pasa.

TEOF. Pues suba a su habitación y deje allí la caja. ¿Para qué va a tener ese peso?

TRINI ¿Dice usted que suba a mi habitación?

TEÓF. Justo, a la de ustedes. (Llama al timbre,)

TRINI ¿A la de quién?

TEÓF. A la de usted y su marido.

CAN. (Redoblando furiosamente, gritando zomo si se hubiera vuelto loco.) ¡A la nuestra, a la nuestra!

TEÓF. En el segundo piso.

TRINI ¿Pero?...

CAN. (Más redobles y más golpes.) ¡Al segundo piso! ¡Qué habitación! ¡Qué habitación más hermosa!

TEÓF. Pero, hombre de Dios, ¿quiere usted dejar de tocar el tambor?

CAN. Perdone el señor Marqués; es la alegría, es la emoción de verme aquí... en el segundo piso.

CRIADO (Saliendo por la segunda derecha.) ¿Llamaba el señor?

TEÓF. Conduzca usted a esta señora, que es la esposa del señor Canosa, a sus habitaciones.

TRINI (Llena de estupor.) ¿Qué?

CAN. (A empujones, gritando y simulando una gran alegría, lleva a Trini hacia la puerta y, sin dejar que hable, la dice los siguientes apartes.) ¡Calla o me pierdes! ¡Por tu santa madre!

TRINI (En la puerta.) ¿Quieres decirme qué sinifica esto?

CAN. ¡Una cosa horrible! Ya te explicaré. Calla o me suicido. (Alto, dando un empujón a Trini tan difinitivo que le hece desaparecer de escena seguida del Criado.)

TEÓF. Parece que está usted contento.

CAN. La vida, para mí, es una *garden party*. Sólo deseo corresponder a su magnanimidad... ser útil...

TEÓF. Canosa... usted puede ser mi brazo derecho.

CAN. ¿Yo, señor Marqués? ¡Disponga usted de mí!... Si necesita usted mi brazo, una mano, una pierna. Mande usted, yo soy una ortopedia.

TEÓF. Usted es un hombre austero, me consta.

CAN. Austerismo.

TEÓF. Eso quizá le impida comprender las debilidades humanas.

CAN. En debilidades humanas me juego yo la cátedra con Carracido y le doy dos votos.

TEÓF. ¿Luego usted comprende que el hombre puede tener una debilidad que le domine... una gran debilidad?

CAN. Yo hace ocho años que tengo una gran debilidad.

TEÓF. Pues bien: yo tengo otra. Mi debilidad es el bello sexo.

CAN. ¿Al señor Marqués le gustan las faldas?

TEÓF. Hasta tal extremo, que piropeo a las de los escaparates.

CAN. ¡Cáspita!

TEÓF. Mi mujer, llamémosla así, es celosísima. Yo, por mi desgracia, no tengo una persona que me ayude a desvanecer sus sospechas.

CAN. ¡Basta! Lo comprendo todo. Aquí estoy yo. Seré un paladín ante su esposa. El señor Marqués debe hacerme su confidente.

TEÓF. Es usted mi padre. Yo sabré recompensar su discreción. Yo le ofrezco a usted una gratificación.

CAN. ¡Cuánto tengo que agradecerle! ¡Cuánto tengo que estimarlo, señor Marqués! ¡Cuánto, señor Marqués!..

TEÓF. Cuarenta duros, señor Canosa. ¿Le parece a usted bien?

CAN. De una esplendidez nabaquesca.

TEÓF. A cambio de que usted se comprometa a servirme de....

CAN. ¡No lo diga usted!... Hay sustantivos que arrebolan...

TEÓF. ¿Pero usted me puede asegurar?...

CAN. ¡Que si yo le puedo asegurar!... La Equitativa a mi lado es una cucaña. Además, si yo me entero de que alguna bella ha puesto sus ojos en esas opulentas curvas, cuente el señor Marqués con mi confidencia.

TEÓF. Esos servicios extraordinarios...

CAN. Merecen emolumentos fuera de abono... Lo sé, pero yo no tengo egoísmo, no tengo codicia...

TEÓF. ¡Cuidado!... ¡Mi mujer!
(Voces.)

CAN. (Aparte.) No tengo vergüenza... Mi estancia en esta casa va a ser más corta que un seminarista. Me echarán, pero me van a echar con hucha.

(FEDRRICA y AMALIO que salen por la primera iz-

quierda. AMALIO es un hombre de veinte a veintidós años, un verdadero zángano. Todo le sale por una friolera y su modo de hablar es un tanto achulado.)

FED. Aquí tiene usted al niño, señor Canosa.

CAN. (Abrazando efusivamente a Amalio.) ¡Hijo de mi alma! ¡Qué hermoso está! ¡Qué guapote es!... ¡Qué frescote es!

FED. No se lo puede usted imaginar.

CAN. ¿Qué estudias, hermoso?

AMALIO Nada.

CAN. ¿Eres aplicado?

TEÓF. Como aún es muy joven, no sabemos. Ha empezado varias carreras.

FED. Pero se cansa en seguida.

CAN. ¿Qué quieres ser tú, hijo mío?

AMALIO Lo mismo que papá.

FED. Está visto que este chico no quiere abrir un libro.

TEÓF A él le gustaría ser prestidigitador; pero su madre se opone.

CAN. ¿Reune condiciones?

AMALIO Ahora verá usted: Papá, déjame un duro.

FED. (Dándole una moneda.) Toma.

AMALIO (Escamoteándolo.) ¡Una! ¡Dos! ¡Tres! ¡Zás!... desapareció. (Se lo guarda.)

CAN. ¡Qué limpieza! ¡Es increíble!

AMALIO ¿Increíble?... Trae otro duro papá.

TEÓF. Repite el experimento con el mismo; Canosa, tiene mucha imaginación y se figurará que es otro.

FED. Bueno, Teófilo, el auto te espera. No olvides que tienes que ir a ver a Bernáldez.

TEÓF. Es verdad. Lo había olvidado.

AMALIO ¿Conque te van a hacer ministro, papaíto.

TEÓF. Así parece.

CAN. ¿Cómo! ¿He oído bien? ¿El señor Marqués va a los consejos de la Corona?

FED. El conde de Cospedal, que forma Gobierno, ha venido a rogarnos que aceptemos una cartera. ¿Cómo rehusar?

CAN. ¡Qué disparate! Una cartera se acepta siempre.

TEÓF. Bueno, me voy; usted, Canosa, haga el favor de ocuparse del teléfono. Tal vez algún recado urgente... Estoy en casa de Bernáldez. (Vase por la segunda derecha.)

FE Ahí se queda usted con el niño. Voy a hacerle a mi esposo algunas recomendaciones

postreras, porque está tan desorientado en política... (Hace mutis por la segunda derecha.)

CAN. Bueno, Amalito; me regocija que seas tan aplicado.

AMALIO ¿Aplicado yo?... ¡Pa el obispo!

CAN. ¡Remitra! ¿Por qué mezclas a su ilustrísima tan intempestivamente?

AMALIO ¿Pero usted cree que yo soy un primavera con farolitos a la veneciana?

CAN. ¿Eh?

AMALIO Yo soy un guaja, mi respetable dómine... ¿Pa qué le voy a equivocar a usted?

CAN. ¡Pero hijo de mis entrañas!...

AMALIO Y le hablo a usted con esta franqueza porque tiene usted toda la cara de ser un ¡viva el tren!

CAN. ¿Y quieres decirme qué significa ese viva ferroviario?

AMALIO Pues significa que como yo tengo un rato largo de pupila, nada más verle a usted he comprendido que si usted se chupa el dedo lo hace por vicio, pero no por ingenuidad. Usted es de esos que ven una mujer y se enfrascan.

CAN. Y se encorchan, sí, señor. Pero no comprendo...

AMALIO ¡Es usted un vivales!

CAN. Niño, respétame, que si que me equivocas...

AMALIO Yo le respetaré a usted si se compromete a llevarme al «Cabaret del Amor».

CAN. ¡Yo!.. ¡Hasta ahí podíamos llegar! ¿Dónde está el «Cabaret del Amor?»

AMALIO Tengo una llave de aluminio para entrar en casa. Tengo dinero de largo. Me tiene usted que ayudar. No lo perderá usted.

CAN. ¡Yo!

AMALIO Tengo en puertas una modista que relampaguea de bonita...

CAN. ¡Resinger!... ¿Dónde vive esa desgraciada?

AMALIO Está de mudanza. ¡Es inarrable!... Rubia, esbelta, graciosa... Trabaja en la calle del Arenal. Se llama Trini.

CAN. ¡Trini!... ¿Has dicho Trini, desventurado?

AMALIO ¡Silencio y discreción! Esta noche hay juergaza.

CAN. ¿Esta noche?

AMALIO Sí, señor; ¿pa qué le voy a equivocar a usted? ¡Ni una palabra! (Hace mutis por la primera izquierda.)

CAN. Yo he visto gente frigorífica en este mundo, pero este angelito le echa el aliento a la estatua de don Alvaro de Bazán y le da la gripe. Bien es verdad que el padre se pasea por Alicante en el mes de Agosto y al día siguiente hay focas en la playa. ¿Y este arcángel se ha enamorado de Trini, mi esposa accidental? ¿Y qué hago yo con mi esposa accidental? Lo primero evitar que la vea... Subo, la encierro y me guardo la llave... Luego recapacitaré. (Hace mutis por la segunda derecha. A poco aparecen en escena TINA y CRIADO. Ella es una hermosa mujer, de treinta y tantos años. Viste con mucha elegancia..)

CRIADO No sé si la señora Marquesa podrá recibirla...

TINA Seguramente, porque me espera. Tenga la bondad de decirla que está aquí Madame Tina, su modista de sombreros.

CRIADO Ah, no sabía que era usted, pase por aquí. (Deja paso a Tina por la segunda izquierda.)

TINA Muchas gracias. (Hace mutis.)

(CANOSA sale por la segunda derecha.)

CAN. ¡Ya la encerré! (Al Criado.) ¿Qué es eso? ¿Quién ha venido?

CRIADO La sombrerera de la señora.

CAN. ¿Madame Tina?

CRIADO Sí, señor.

(Suena el timbre del teléfono.)

CAN. (Va hacia el aparato impidiendo que el Criado coja el auricular.) Yo hablaré. Puede usted retirarse. (El Criado hace mutis segunda derecha.) Debe ser el Marqués. (Hablando al teléfono.) ¿Quién?... ¿Es usted, señor Marqués? Sí, Canosa. No, no ha habido ningún recado. (Aparte.) ¡Cielos, qué idea! (Al teléfono.) Recado no hay ninguno; pero hay una visita del bello sexo que le quita la cabeza al obispo don Oppas. Acabo de comprobar ¡una tontería de comprobación! que no le parece al señor Marqués un costal de paja.. de paja, sí, señor. ¿Eh?... Madame Tina, sí, señor... ¡Opiparaza, sí, señor!... Ha hablado conmigo y me ha dicho casi por lo claro que le hace usted tilín,.. ¿eh?... Tilín, tilín... (Aparte.) ¡Ya han caído diez duros! (Al teléfono.) ¡Pan deglutido!... Enhorabuena.. De nada... A sus órdenes. (Cuelga el auricular.) Las cincuenta pesetas de esta mentira, tengo que hacerlas efec-

tivas antes de que me pongan en el arroyo, que va a ser dentro de cincuenta minutos, todo lo más.. ¡Ah! pero en cincuenta minutos bien aprovechados le saco yo tres duros a mi discípulo, aunque se indigne Pestalozzi...

(OLIMPIA, ACISCLO y BELLO, por la izquierda. Han salido unos momentos antes.)

AÇIS. (A Olimpia y por Canosa.) Ahí tienes a tu marido.

OLIM. ¡Qué birria de hombre!

NARC. Qué contento se va a poner cuando sepa que le hemos salvado.

ACIS. ¡Eh! ¡Canosa!... ¡Canosa!

CAN. ¡Esa voz! (Volviéndose.) ¡Ah! ¡Bello, señor Acisclo! (Recalcándolo mucho y retador.) ¡Señor Acisclo! ¡Sí! ¿qué pasa?... Una vez me dió un pitillo un señor a quien no había tratado, y, solamente por eso, fui a su entierro guiado por la gratitud... Un bocadillo y un bock de pilsen, dan derecho a mi cabeza; pues bien, señor Bello y señor Acisclo, ¡señor Acisclísimo!... cinco años cebándome en Turnié y paseándome por la Castellana a la Grant Doumont, no dan derecho a hacer lo que han hecho ustedes conmigo.

ACIS. ¡Canosa, no sé cómo tengo paciencia para oirle.

NARC. ¡Reprocharnos una conducta que si de algo peca es de generosidad!

CAN. ¡Mi distinguida madre! ¡Qué oigo! ¿Llaman ustedes conducta generosa a hacerme venir a una casa en la que se exige que el que ocupe mi cargo esté casado y viva con su mujer?

NARC. Yo ignoraba que usted está separado de su esposa.

ACIS. Por eso anoche, después de separarnos, le escribimos a usted advirtiéndole.

CAN. Yo no he recibido esa carta.

NARC. Se la enviamos a su casa.

CAN. Yo no voy a mi casa mientras haya portera.

ACIS. Pues en la carta le indicábamos de qué modo habíamos solucionado el conflicto.

CAN. Ah, ¿pero está solucionado el conflicto?

NARC. Sí, ingrato amigo, sí.

CAN. Menos mal. ¿Y cómo?

ACIS. Pues trayéndole a usted a su esposa.

CAN. ¿Eh?

NARC. A su mujer.

CAN. No entiendo.

ACIS. (A Bello.) ¿Ves? En sacándole de lo suyo, muerde.

NARC. Entiéndalo usted de una vez. (Presentándole a Olimpia.) Tengo el gusto de presentarle a usted a su señora esposa.

OLIM. Para lo que usted guste mandar, hasta media tarde.

CAN. ¡Cielo santo! ¿Qué dice usted, señora? ¡Para lo que yo guste mandar! ¿Sabe usted, desgraciada, a lo que se expone? ¡Dios mío! ¡Yo presiento algo horrendo!... ¡Explíquense, por la Virgen de la O!

NARC. ¡Parece mentira que no haya usted caído! Es muy sencillo.

ACIS. Para sacarle a usted del compromiso por el pronto, hemos convencido a esta amiga nuestra de que pase por su mujer.

CAN. (Con voz cavernosa.) No puede pasar.

NARC. ¿Por qué?

CAN. Porque llega tarde y ya no puede pasar.

ACIS. Pues ya ha pasado.

NARC. Se la acabamos de presentar a la Marquesa como su legítima esposa.

CAN. ¿Pero cómo? ¿En dónde? ¿No acaban ustedes de llegar ahora mismo?

ACIS. Sí, pero en el recibimiento nos hemos encontrado a la Marquesa que iba a reunirse con su modista de sombreros, que la esperaba.

NARC. La hemos presentado a Olimpia como su mujer de usted.

CAN. (Desvaneciéndose.) ¡Mi ebúrnea y nobilísima madre!.. ¡Dénme ustedes un revólver!

ACIS. ¿Para qué?

CAN. Para pegarles a ustedes un tiro y a esta señora otro.

OLIM. Caballero! Se lo pegará usted a su padre.

CAN. ¡A mi padre y a su padre y al padre Calpena! ¡Me han vuelto ustedes loco! ¡Váyanse ustedes de aquí! Usted no me sirve para esposa en esta casa.

OLIM. ¡Qué ofensa!

NARC. ¿Por qué?

CAN. Porque tengo otra.

ACIS. ¿En dónde?

CAN. En el segundo piso.

NARC. ¿Pero se ha vuelto usted loco?

ACIS. ¿No sabe que hemos presentado a Olimpia a la Marquesa como su mujer?

CAN. Es que yo he presentado a Trini como mi mujer al Marqués.

NARC. ¡Horror!

ACIS. ¿Cómo arreglarlo?

CAN. El revólver. No hay otra solución.

NARC. Señor Canosa: ¡lamento lo ocurrido, pero yo no quedo en ridículo ante esta familia; así es que esta señora pasa por la de usted quiera usted o no quiera.

CAN. Repito que no me sirve.

OLIM. (Muy ofendida.) ¿Que no? ¡Lo veremos! Ya es cuestión de amor propio.

CAN. Pero... ¿yo bigamo?

ACIS. Usted se calla. No faltaba más que haga uno un favor y encima quede mal. Esta señora es la suya aunque tenga usted que pasar por bígamo, pentágamo o polígamo.

CAN. ¿Pero a mí por qué me han de convertir en Barba Azul contra mi deseo? ¿No tengo ya una esposa viva en el segundo? Pues con esa basta.

ACIS. Tendrá usted otra viva en el primero.

CAN. ¿Viva?

NARC. ¡Viva!

ACIS. ¡Viva!

(FEDERICA sale, y creyendo que están vitoreando, exclama entusiasmada con toda la fuerza de sus pulmones:)

FED. ¡¡¡Vivaaaa!... ¿Están ustedes vitoreando al señor Canosa? ¡Me parece muy bien! Perdonen ustedes la espera. La reforma del sombrero es más detenida de lo que yo había imaginado... Y apropósito, señor Canosa: estaba deseando verle para felicitarle por su buen gusto y por su tacto.

CAN. ¡Por mi tacto! No acierto a comprender...

FED. Me refiero al exquisito buen gusto que demostró usted al llevar a una mujer tan bella a los altares.

OLIM. Muchísimas gracias. Yo no merezco tanto...

FED. ¡Oh! Mi golpe fisonómico no me ha engañado nunca... Es usted una criatura angelical.

NARC. No cabe duda.

FED. Y ¿conoce usted sus habitaciones?

OLIM. No, señora.

FED. Yo se las enseñaré. (Va a hacer mutis.)

CAN. (Impidiéndoselo.) ¡De ninguna manera! Yo no puedo consentir que la señora Marquesa se moleste. ¡No faltaba más! Antes la muerte.

FED. ¡Calle! Me parece que oigo la voz de mi marido... ¿Traerá alguna noticia?

CAN. (Aparte a Acisclo.) Es necesario ocultar a esta mujer.

NARC. ¿Pero qué dice usted?

CAN. ¡Que se filtre por la pared! ¡Que desaparezca o me pierde!...

TEÓF. (Sale por la segunda derecha.) Señores... Vengo rendido de cansancio y emoción...agobiado por los periodistas que me persiguen... sufriendo ya la tiranía de ese censor que los políticos llamamos «Opinión pública».

FED. ¡Oh, Teófilo! No me digas más. Ese párrafo —que sin duda has venido pensando por el camino—me demuestra claramente que nos han dado una cartera... Responde pronto, ¿es cierto?

TEÓF. Cierto, Federica.

NARC. Enhorabuena, Marqués.

ACIS. Felicitemos a España.

FED. ¿Y nosotros adónde vamos?

TEÓF. Nosotros vamos a Gobernación.

FED. ¡A la Puerta del Sol! No me gusta el sitio, demasiado barullo... pero por otra parte... ¡qué ganas tenía yo de que te cayera la bola encima de la cabeza... ¿Has traído un acta de Diputado para ese niño?

TEÓF. No he traído nada.

FED. ¡Parece mentira, Teófilo! ¡Pobre hijo mío! ¡Qué disgusto se va a llevar! ¡Ser hijo de un ministro y no desempeñar ningún cargo!

TEÓF. Federica, ya hemos quedado en que nuestro hijo es incapaz de desempeñar nada.

FED. Le diré que cuente con el Gobierno civil de Soria.

TEÓF. Las mujeres no se forman idea de estas cosas y suponen que los altos cargos se adquieren en el Bazar X.

NARC. Es muy natural.

ACIS. ¿Cuándo jura el nuevo gobierno?

TEÓF. Aún no se sabe. El Presidente está en Palacio en este momento. Ha quedado en avisarme la hora de la jura. (Teófilo, que desde que

entró no ha cesado de mirar a Olimpia sin poder contener su curiosidad, exclama.) Yo no sé si pecaré de indiscreto, mis buenos amigos Bello y Acisclo, pero la verdad, ardo en deseos de que me presenten ustedes a esta señorita, a la que hasta hoy no he tenido el gusto de ver, la cual, por otra parte, es una Venus digna de coronar un friso del Partenón.

ACIS. Tiene usted razón, Marqués. La culpa es de este Canosa que está atontado.

CAN. (Aparte.) ¡Habrá ladrón! (Alto) Yo, la verdad, usted comprenderá que entre la emoción... el pánico... (Aparte.) ¡Antes de dos minutos he barrido la calle con la columna vertebral!

NARC. Pues esta señora, es...

CAN. (Cantando.)

«Soldado de Nápoles...»

TEÓF. ¿Quiere usted callar?

CAN. Dispense el señor Marqués; pero la alegría...

TEÓF. Está usted en su casa.

NARC. Pues esta señora es...

CAN. (Que sigue cantando.)

«Si muero queriéndote...»

NARC. Es la mujer de Canosa.

CAN. (Lo mismo.)

«Que muerte tan buena.»

(Aparte al Marqués y cantando con música improvisada.) Disimule uste, disimule usted, disimule usted...

FED. (Se dirige al grupo que forman Olimpia, Acisclo y Bello, y habla con ellos.)

TEÓF. (Aparte a Canosa.) Canosa, ¿qué significa esto?

CAN. (Sin saber qué decir y buscando una improvisación verosímil.) ¿Esto?... ¡Le va a parecer a usted mentira!

TEÓF. ¿Quién es esa mujer? ¿A qué ha venido?

CAN. ¿Quiere usted saber a qué ha venido?

TEÓF. Sí, hombre, rompa de una vez.

CAN. Pues bien; esa alucinación de mujer ha venido a esta casa para... verle a usted, porque le ama de una manera fulminante.

TEÓF. ¿A mí? ¿Es posible?

CAN. Me lo ha confesado ella misma.

TEÓF. Bueno, ¿y por qué dice que es su mujer de usted?

CAN. Ese ha sido el pretexto para introducirse aquí.

TEÓF. ¡Qué atrevimiento! Canosa, es usted un hombre extraordinario. Lleva dos horas en mi casa y ha realizado usted ya, verdaderas maravillas... porque lo de madame Tina me ha asombrado.

CAN. Pues ahí la tiene usted en las habitaciones de la Marquesa.

TEÓF. Necesito verla...

CAN. No sea usted vertiginoso.

TEÓF. Esa mujer me tiene loco, y después de lo que le ha dicho a usted... ¡Ay, amigo Canosa, me ha hecho usted feliz! (Saca un billete de la cartera, y sin que lo vean los demás, se lo da a Canosa.) Admita este regalo.

CAN. ¡Señor Marqués!

TEÓF. Desde hoy es usted mi secretario partícular. No me descuide usted a esa otra ¿eh? Tome usted otras cien pesetas. (El mismo juego que antes.)

CAN. Esta, la tiene usted en casa. (Aparte.) Bueno, yo le traspaso a éste todas mis señoras.

TEÓF. Voy a ver a Tina. Ya tengo un pretexto. (Alto a los del grupo.) Con permiso de ustedes voy a mi despacho a revisar unos papeles. (Vase.)

CAN. (Aparte.) De esta casa salgo yo torpedeado; pero salgo, por lo menos con cuarenta duros... Ahora voy a ver si le saco otros veinte a la Marquesa. El tiempo es oro. (A los del grupo.) ¿De qué hablan ustedes?

FED. De las Bellas Artes. Su señora se muestra partidaria de los buenos maestros de la pintura.

OLIM. Sí, señora; yo me quedo embobada delante de esos pintores que en la calle le hacen a usted una marina en cinco minutos.

FED. Nosotros tenemos una regular colección de cuadros. Pasen ustedes a verlos. Están en esa galería. (Primera derecha.) Pasen ustedes y enséñenselos a la señora de Canosa.

NARC. Con mucho gusto. ¿Vamos?

OLIM. Con su permiso.

(Olimpia, Bello y Aciscio hacen mutis por la primera derecha. El timbre vuelve a sonar.)

FED. (Con gran ansiedad.) Canosa, Canosa...

CAN. Señora Marquesa.

FED. Le he visto a usted hablando con Teófilo... ¿Le ha sacado usted algo?

CAN. ¡Vaya! ¡Le he sacado bastante!

FED. ¡Hable!

CAN. Señora Marquesa, tenga usted valor.

FED. ¡Soy el Cid! Hable, Canosa.

CAN. ¡Sea! Señora Marquesa, en esta casa hay una amante de su esposo. (Suena el timbre.)

FED. ¡Cielos! ¿Madame Tina?

CAN. Esa es una.

FED. No siga, una cualquiera.

(CRIADO saliendo por la segunda derecha.)

CRIADO Señor Canosa, su señora de usted no hace más que llamar al timbre, para que la abran. Dice que la ha encerrado usted.

FED. La señora de Canosa está en ese salón.

CRIADO Yo me refiero a la del segundo.

FED. ¿Cuál es la del segundo?

CRIADO La del segundo es la primera y la que dice la señora es la segunda.

FED. ¿Pero qué es esto?

CAN. Una charada... Nada. (Entregándole una llave al Criado.) Abrala usted y que se largue.

FED. ¿Cómo? ¿Qué quiere decir?

CAN. (Aparte a Federica y cantado.) Disimule usted, disimule usted...

FED. (Al Criado,) Que venga esa mujer.

CRIADO Está bien. (Hace mutis.)

FED. ¿Pero quién es esa mujer del segundo?

CAN. Esa, es otra.

FED. ¿Otra qué?

CAN. Otra amante de su esposo que ha tenido el atrevimiento de presentarse en esta casa diciendo que era mi mujer.

FED. ¡Horror! Pero este hombre es un..

CAN. Este hombre va todas las tardes a la plaza de Oriente a decirle piropos a doña Urraca de Castilla.

FED. Cuando le vea no podré contenerme.

CAN. Calma, calma. Yo arreglaré el conflicto. Yo volveré al buen camino a su esposo. ¿Tiene usted cien pesetas?

FED. (Entregándole un billete.) Aquí tiene usted. Me rindo al peso de mi desgracia; devoraré en silencio mi vergüenza.

CAN. Así, así. Devore, devore. Por de pronto, vaya a atender a sus visitas. Su honor es el mío.

(Vase por la primera derecha Federica y queda en

escena Canosa solo. TEÓFILO sale radiante de alegría.)

TEÓF. ¡Canosa! ¡Un abrazo! ¡Soy feliz! ¡Madame Tina, me ha concedido una cita gracias a usted! Tiene unas curvas como para estudiar Trigonometría en ellas y repetir el curso.

CAN. ¿Dice usted que gracias a mí?

TEÓF. Verá usted. Me dirijo a ella y le digo con un acento que era una torrija en dulce: «Lo sé todo.»

CAN. ¿Y qué le contestó a usted?

TEÓF. Que a que no sabía hacer sombreros.—«Hacer sombreros no—le contesté—pero hacer la felicidad de una mujer ultrapirenaica sí»—Inmediatamente después y en consonancia con lo que usted me había apuntado, le indiqué que mi secretario me había comunicado sus sentimientos amorosos.

CAN. ¿Y ella?

TEÓF. Me dijo que no le había dicho nada a nadie. —«Quién es ese imbécil que dice que yo le he hablado?»—me preguntó y yo respondí: «Ese imbécil es mi secretario, don Agapito Canosa».—Pues bueno, al escuchar su nombre lanzó una exclamación de asombro y se me confesó.

CAN. ¿Se le confesó?

LEÓF. «Tratándose de Canosa—me dijo—no me puedo negar a nada.»

CAN. ¡Cáspita! ¡Es extraordinario!

TEÓF. Por lo visto usted la infunde una confianza ilimitada. Y se explica. Tiene usted una cara de primo que conmueve. Así, pues, mi felicidad depende exclusivamente de usted.

CAN. Pues cuente con ella ¡qué demonio!

TEÓF. (Dándole otro billete.) ¡Canosa, Canosa!... Tome usted.

(TRINI por la segunda derecha muy incomodada.)

TRINI ¡Esto es intolerable!

TEÓF. ¿Qué le ocurre a usted?

TRINI Que me han tenido dos horas encerrada en el piso segundo como si fuera una pantera.

TEÓF. ¿Y quién ha sido el idiota?

CAN. El idiota he sido yo, señor Marqués. Una distracción.

(FEDERICA, OLIMPIA, BELLO y ACISCLO salen por la primera derecha.)

OLIM. ¡Qué de preciosidades!

FED. (Aparte a Canosa.) ¿Esa mujer que habla con Teófilo, es ella?

CAN. Es ella. (Aparte.) ¡Ahora va a ser ella!

FED. ¡Y están bromeando en mis propias barbas! ¡No puedo contenerme!

CAN. ¡Resignación, paciencia!

TEÓF. (Hablando con Trini y riendo a carcajadas.) ¡Muy gracioso, muy gracioso!

FED. (Gravemente a Teófilo.) ¿Qué es eso tan hilarante, Teófilo?

TEÓF. Me río porque es muy ocurrente la señora de Canosa.

FED. ¿Conque esa... señora es la señora de Canosa? ¿Oye usted?

CAN. Tal vez.

OLIM. (Muy chula.) Ah, ¿sí? ¿De dónde?

TEÓF. ¿Cómo de dónde?

OLIM. La señora del señor es una servidora.

TEÓF. ¿De dónde?

CAN. (Haciéndose el distraldo y cantando.)

«Soldado de Nápoles»

TEÓF. Canosa, su alegría es intempestiva. (A Trini.) Y usted, señora, no consienta que la avasallen.

TRINI ¿A mí? Puesta a chula no me gana, ni esa ni nadie. ¡Sería un mundo!

TEÓF. Canosa, es preciso que decida usted esta cuestión.

FED. ¿Qué quieres que diga el infeliz de Canosa? Cuando la verdad mancha no debe decirse y en este caso, la verdad es una cloaca, señor Marqués de Casa-Segura.

(AMALIO sale por la primera izquierda.)

AMALIO ¿Pero qué sucede? (Al ver a Trini.) ¡Atiza! ¡La Trini!

TRINI (Aparte al ver a Amalio.) ¡El Marquesito!

TEÓF. Termine aquí este enojoso incidente y conste que esta señora, (Por Trini.) es la legítima esposa de don Agapito Canosa.

AMALIO (Separándose de un salto de Canosa.) ¡Arrea!

CAN. (Aparte a Amalio.) No lo creas hijo mío. Esa mujer ha venido a esta casa por ti y yo, por salvarte, he dicho que era mi esposa.

AMALIO ¡Gracias, gracias! ¡Cuánto le debo a usted!

CAN. ¿Tienes ahí diez duros?

AMALIO Luego se los daré.

NARC. (A Acisclo.) ¡Estamos en ridículo!

ACIS. (A Narciso.) Ahora verás. (Alto.) Señor Marqués. La escena que se está desarrollando nos pone a mi amigo Bello y a mí en una situación muy difícil. Nosotros hemos presentado a Olimpia como la única mujer de Canosa y el que lo niegue se tiene que batir conmigo.

FED. ¡Muy bien!

TEÓF. Pero Canosa, ¿quiere usted hablar?

CAN. Si es que a mí me da igual.

TEÓF. Claro, le estamos a usted volviendo loco. Comprendo su turbación.

(TINA saliendo por la segunda derecha.)

TINA Si la señora no desea otra cosa me marcho. El sombrero ya está.

CAN. (Al verla cae aterrado y medio desvanecido en los brazos de Teófilo.) ¡Cielos! ¡Mi mujer!

FED. (Muy seca.) Puede usted salir de esta casa cuando guste, madame Tina.

CAN. (Dando un salto.) ¿Pero cómo? ¿Esa es madame Tina?

TEÓF. Claro, hombre. (Aparte.) ¡Pobrecillo! ¡Ya no conoce!

CAN. (A Teófilo.) ¿Y dice usted que le ha ofrecido que mediando yo?...

TEÓF. Natural.

CAN. (Alto.) ¡Señores, basta ya! Tengo el sentimiento de participar a ustedes que ninguna de estas dos señoras es mi esposa.

NARC. (Amenazador.) ¿Que esta señora no es su esposa?

CAN. ¡No, señor!

ACIS. Señor Canosa, ¡eso no me lo dice usted en la calle!

CAN. Señor Acisclo, ¡eso se lo digo a usted en la «Morgue»! Mi mujer, mi verdadera y única mujer, como ahora mismo se va a comprobar es Valentina. (Señalando a madame Tina.)

TEÓF. ¡Basta! ¡ya lo hemos logrado! ¡Ya hemos conseguido que este hombre pierda la razón!

CAN. Yo no he perdido nada. Ahora verán ustedes. ¡Habla, Valentina! Di que yo te llevé al altar, aunque luego te haya hecho alguna que otra charranada.

TINA Usted no me ha llevado a ninguna parte, caballero.

CAN. ¡¡Eh!! (Llorando.) ¡Bueno, pues no hay derecho! (Cae sollozando en la silla que está al lado de la mesita del teléfono.)

FÉD. (Avanza majestuosa y tiende sobre la cabeza de Canosa su mano protectora.) Cese el horrible martirio de este hombre digno y virtuoso que por vuestra culpa, ¡por vuestra grandísima culpa! tendrá que ingresar mañana en la docta casa del doctor Esquerdo, como acaba de demostrarnos vertiendo vaciedades por doquier.

TEÓF. ¿Qué quieres decir, Federica?

FED. Quiero decir, que tú, ¿lo oyes? tú eres el único culpable de cuanto ocurre en esta casa.

NARC. ¡Marquesa!
ACIS. ¡Señora!
AMALIO ¡Mamá!
(Los tres al mismo tiempo.)

FED. Y si mis juicios son erróneos, jura por nuestro hijo que eres inocente.

TEÓF. ¡Federica!

FED. (Con gran exaltación.) ¡Jura, a la una!... ¡Jura, a las dos!... (Suena el timbre del teléfono.)

CAN. (Coge el auricular, escucha, lo cuelga y dice con voz compungida.) Que a las tres tiene usted que jurar, señor Marqués. ¡Dichoso usted si le creen! (Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La escena representa el antedespacho del Ministro en el Ministerio de la Gobernación. Puerta de entrada al foro y una lateral a cada lado.

A la izquierda, junto a la pared, una mesa, y en ella un teléfono. En el muro un conmutador correspondiente al mismo. Son las diez de la mañana.

—

(Al levantarse el telón el UJIER, en la puerta, habla a TEÓFILO que pasea por la escena acompañando sus palabras de respetuosísimas reverencias.)

UJIER — Señor Ministro, varias comisiones esperan la venia de Su Excelencia para...

TEÓF. — ¡No estoy para comisiones! Que las reciba el señor Subsecretario.

UJIER — Como disponga Su Excelencia.

TEÓF. — ¿Avisó a mi secretario particular, el señor Canosa?

UJIER — Cumplí al pie de la letra el mandato de Su Excelencia. Ahí llega el secretario de Su Excelencia.

TEÓF. — Está bien. Puede usted retirarse.

UJIER — (Haciendo mutis.) A las órdenes de S. E. (Vase.)

(CANOSA por la izquierda triste y cabizbajo.)

CAN. — ¿Me ha llamado el señor Ministro?

TEÓF. — ¿Pero qué cara de angustia es esa?

CAN. — Este es el gesto de la muerte... Yo comprendo que delante de mi protector no debía hacer muecas; pero séame permitido dibujar en mi rostro la trágica sonrisa del hombre que se va...

TEÓF. — ¿Pero a dónde va usted, hombre?

CAN. Me voy al caos, rápidamente, en motocicleta, a toda marcha. Mi vida, desde que nadie me cree, es una carga pesada, una carga fatigosa, una carga a la bayoneta...

TEÓF. Yo he visto hombres buenos en este mundo, pero usted es un primo alumbrado con reflector.

CAN. ¿Por qué tanta luz, señor Marqués?

TEÓF. Porque usted, creyendo evitar males mayores, se obstina en hacernos creer que madame Tina es su esposa.

CAN. Y lo es a piedra y lodo. Yo traeré los papeles... Yo lo demostraré cumplidamente.

TEÓF. Pregúnteselo usted a ella.

CAN. Pregúnteselo usted a San Pablo, aplaudido autor de la epístola, a cuya lectura quedamos unidos.

TEÓF. ¡A mí no me venga usted con músicas!

CAN. Yo no le iré al señor Marqués con músicas en un asunto trivial, pero, ¡caray! en este asunto, le voy con la Banda Municipal, con la Orquesta Sinfónica, con la Filarmónica y con el sexteto de Fornos. ¡No faltaba más!

TEÓF. Para encontrar casos de abnegación parangonables con el de usted, hay que leerse el Año Cristiano... Todo lo que usted hace, va encaminado a desvanecer los celos de mi esposa, hacia madame Tina... Pretende usted hacerse pasar por su esposo para que yo desista de hacerla el amor... pero no desistiré. Además, a usted le consta, que más bien es ella la que me lo hace a mí.

CAN. ¡Señor Ministro!

TEÓF. Aquí no hay Ministro que valga. Aquí no hay más que un hombre con un puñado de encantos naturales que le han sorbido el seso a madame Tina.

CAN. ¡Mi virtuosa madre me contenga!

TEÓF. ¡Usted, tan torpe como bien intencionado, ha llegado usted a renegar de su verdadera mujer, que es Trini, tire usted por donde tire!

CAN. ¡Tiro al caos!, ya lo dije antes; pero no en motocicleta; eso es muy lento. ¡Necesito un avión! ¡Yo quiero un avión!

TEÓF. Y sobre todo voy a ponerle a usted un dilema, con el cual se puede convencer a una

mesa de noche. O Tina es su mujer de usted o no es su mujer de usted.

CAN. Eso es un axioma que podría firmarlo Pero Grullo.

TEÓF. Si no es su mujer, tengo yo razón. Si es su mujer, usted no tiene vergüenza.

CAN. ¿Yo? ¿eh?... ¡caray!... ¡¡Pues es verdad!!

TEÓF. ¿Le he convencido a usted?

CAN. ¡Yo quiero un avión!

TEÓF. Además, por si yo no estaba convencido, he recibido una carta de ella anunciándome que hoy por la mañana vendría al Ministerio a verme.

CAN. ¡Cuerno!

TEÓF. Usted la recibe y me pasa recado.

CAN. ¿Yo?... ¡Yo quiero un torpedo!

(AMALIO que sale por el foro.)

AMALIO Buenos días, papá. Buenos, señor. Canosa.

TEÓF. ¿Qué traes por aquí?

AMALIO Vengo a visitar a mi querido preceptor.

TEÓF. Tu preceptor va a ser santo.

AMALIO ¿Le vas a canonizar por medio de un Real Decreto?

TEÓE. Hijo mío, no tienes en la cabeza más que la raya... Bueno, me voy al despacho. Ya sabe usted, Canosa, si viene esa... esa Comisión, me avisa usted. (Vase por la derecha.)

CAN. ¡Bonita comisión!

AMALIO No se necesita ser Unamuno para comprender que el asunto de la señora le trae a usted mochales. A papá se le ha metido en la cabeza que su mujer de usted es la Trini; pero no puede ser.

CAN. ¡Tú qué sabes!

AMALIO Hombre, resultaría usted más fresco que un esquimal en camiseta, porque cuando yo le dije que la hacía el amor no me rompió usted nada.

CAN. Bueno, cállate, porque puedo rectificar.

AMALIO Callar yo, que soy el único que proclama a cuatro vientos quién es su verdadera esposa.

CAN. (Muy cariñoso.) ¡Hijo mío! ¿De modo que tú eres el único que me hace justicia?

AMALIO Sí señor; yo le digo a todo el que me quiere oir, que su verdadera mujer es Olimpia.

CAN. (Indignado.) ¿Olimpia?

AMALIO Quiera usted o no quiera.

CAN. Hijo mío, si sigues haciendo esa safirmacio-

nes, la primera vez que te vea tu papá te va a decir que no tienes nada en la cabeza, porque yo doy unos puñetazos que despeinan.

AMALIO ¿Le incomoda a usted?... Tiene razón mi padre. Es usted un santo. Por evitar disgustos, es usted capaz de decir que su mujer es la Cibeles. El día que entró usted en casa, tuvo el valor de soportar aquella escena con tres mujeres que se le disputaban a usted.

CAN. Pero después de aquella escena, recordarás que afirmé categóricamente que Valentina era mi esposa.

AMALIO Ella negó y se fué. Lo cierto es que las tres desaparecieron, que le dejaron a usted solo, que han pasado quince días y nadie sabe a punto fijo con quién ha tenido usted la comodidad de casarse.

(ACISCLO y BELLO NARCISO por el foro.)

ACIS. (Seco.) Buenos días

NARC. (Idem.) Buenos días.

CAN. Buenos días.

AMALIO ¡Caramba! Parece que vienen ustedes enfadados con mi preceptor...

ACIS. ¿Preceptor de qué?

CAN. Señores, ¿qué significa esto?

ACIS. Esto significa que tenemos que hablar con usted largo y, probablemente, tendido.

CAN. Con que tendido, ¿eh?... Amalito, hijo mío, vete, haz el favor.

AMALIO ¿Por qué?

CAN. Porque me voy a soltar el pelo; porque voy a emitir una porción de conceptos que están reñidos con la brillante educación que pienso darte.

ACIS. Va usted a tener que ir a dar clase al Hospital de la Princesa...

CAN. ¡Ahora hablaremos! Vete, hijo, vete.

AMALIO Bueno, pues que usted lo pase bien. (Hace mutis por el foro.)

CAN. (En jarras y retador.) Bueno, ¿qué hay? ¿A qué vienen ustedes?

ACIS. Después de como se ha portado usted con nosotros, ya supondrá que no venimos a regalarle un encendedor.

CAN. Uso carillas, caja vagón.

NARC. (Muy excitado.) Señor Canosa; a mí me parece muy lícito que le tome usted el pelo al mo-

nopolio de cerillas y a la compañía del Gas si se le antoja; pero a mí no me lo toma usted, porque le doy un puñetazo que se va a creer usted que se le ha caído encima la bola del reloj de este edificio.

CAN. Si al señor Bello se le ocurre decirme esa galantería en el paseo de Rosales, le doy una patada que va a romper la marquesina de la estación del Norte... ¡Nada más que eso!

NARC. ¿Eso es una bravata?

CAN. Eso es una puntera que le convierte a usted en zepelín en un santiamén.

ACIS. Aquí se trata de que ni el señor Bello ni yo consentimos que nos ponga usted en ridículo.

CAN. ¿Yo? ¿Cómo?

NARC. Diciendo que Olimpia no es su esposa.

CAN. ¡Como que no lo es!

NARC. Es que nosotros, por salvarle a usted, lo hemos asegurado y no queremos pasar por falsarios.

CAN. ¿Y qué culpa tengo yo de todo eso?

ACIS. Usted tiene la culpa de todo eso y de muchísimo más. Pero óigalo usted bien, señor Canosa: o se aviene usted a ser el marido de Olimpia por las buenas o le levanto la tapa de los sesos.

CAN. ¡Levantaban!

ACIS. Yo le dejo a usted la masa encefálica de par en par por menos de dos reales.

CAN. Y yo le abofeteo a usted con su propia asadura por menos de diez céntimos.

ACIS. ¡Señor Canosa!

CAN. ¡Señor Acisclo!

ACIS. (Cogiendo una salvadera de encima de la mesa.) Como me vuelva usted a llamar señor Acisclo, se come usted toda esta arenilla.

NARC. Calma, señores. Estamos dando un espectáculo lamentable.

CAN. Es que ustedes se han creído que a mí se me sopapea y a mí no me sopapea ni Carlo Magno. Por las buenas hacen de mí albondiguillas; pero por las malas, me como la pleura de Rodrigo Díaz de Vivar.

ACIS. Suspenda el banquete, señor Canosa. Usted no se come ni un simple buñuelo mientras no se case con Olimpia.

CAN. ¿Cómo hasta que no me case con Olimpia?

ACIS. Sí, señor. Hemos convencido a Olimpia de que se resigne a casarse con usted, y mediante una fuerte suma está dispuesta a sacrificarse.

CAN. ¡Qué amable es Olimpia! Pues nada, díganle ustedes a esa guadamámica señorita, que no puedo aceptar su blanca mano porque estoy comprometido desde hace varios años con mi legítima esposa.

ACIS. ¿Insiste usted en lo de su matrimonio con la sombrerera?

CAN. Naturalmente, como que estoy rigurosamente casado, y si quieren ustedes convencerse, vayan al Juzgado municipal y saquen por dos pesetas y un cigarro puro, mi partida de casamiento. Esto es lo razonable y lo discreto. Pero pedirles a ustedes discreción, es lo mismo que pretender cazar perdices con una bandurria.

ACIS. (Sacando un revólver.) ¡Bueno, pues oiga usted, señor Canosa! Casado, viudo, soltero, divorciado o cura castrense, usted es el marido de Olimpia, como me llamo Acisclo!

CAN. (Lívido.) ¡Acisclo, no sea usted bruto! ¡Acisclo, que yo siempre le he querido bien! ¡Guarde ese revólver que el diablo las carga!

ACIS. ¿Es usted el marido de Olimpia?

CAN. ¡Y de doña Bárbara de Braganza!

(UJIER y FEDERICA. Se abre la puerta del foro y el Ujier, respetuosamente doblado en dos, deja paso a Federica.)

UJIER Pase la señora Marquesa. Avisaré al señor Ministro.

FED. No avise al señor Ministro. Es con el señor Canosa con quien deseo hablar. (Saludando.) Señores...

UJIER (Haciendo mutis.) A la orden de la señora Marquesa.

ACIS. Querida Marquesa...

NARC. Señora...

CAN. Siempre a las plantas, que beso reverente, de la más angelical de las marquesas.

FED. Vengo, amigos míos, impelida por la indignación, por la más desatada de las indignaciones.

CAN. ¿Qué dice usted? Tiemblo como la hoja en la copa del roble secular.

FED. Soy muy desgraciada, amigo Canosa.

CAN. ¡Desgraciada usted, con veintrcuatro mil duros de renta?

ACIS. ¿Qué le pasa a usted, Marquesa?

NARC. Ya sabe usted que somos sus más devotos servidores.

FED. Lo que a mí me pasa, señores, es más vulgar que el hipo; pero no por eso menos doloroso. Mi marido me engaña, y me engaña con mi sombrerera, para más escarnio.

CAN. Señora Marquesa: que su marido la engaña, es contemporáneo del señor Marqués, con lo cual quiero decir que es viejo. Ahora bien, lo que no es verdad, ni será verdad mientras yo viva, es que el señor Ministro de la Gobernación se la pegue a la señora Marquesa con mi señora esposa.

FED. ¡Usted qué va a decir! Usted por aunar voluntades, por limar asperezas, es capaz de todo... pero vea usted el anónimo que acabo de recibir. (Entrega a Canosa una carta.)

ACIS. ¡Un anónimo!

NARC. ¡Quién habrá sido el miserable!

FED. Un buen amigo que no quiere consentir que yo siga haciendo el indio.

CAN. (Leyendo el anónimo.) «Si la señora Marquesa quiere convencerse de que la birria de marido que la cupo en suerte la engaña con su modista de sombreros, acuda hoy a las once y media al despacho oficial del señor Ministro y verá entrar a madame Tina. Es posible que hasta pasadas dos horas no la vea salir. *Ca depend*, como dicen los franceses.»

FED. ¿Qué dice usted a eso?

CAN. *Ca depend.*

FED. Usted es un alma magnánima, señor Canosa. Usted no sabe qué hacer para disipar mis justas sospechas: pero su empeño es inútil. Porque vamos a ver, amigo Canosa. Si Tina fuese su mujer de usted, ¿por qué iba a negarlo?

CAN. Por hacerme rabiar. Porque Valentina es rencorosa como una africana y porque yo me he portado con Valentina como un chimpancé. Pero si Valentina hablase a solas conmigo, no podría negar que es mi mujer.

ACIS. Lo negaría porque no lo es.

CAN. No lo negaría. Y sobre todo, vamos a inten-

tar una prueba. Según ese anónimo, dentro de unos veinte minutos va a venir ella a ver al Marqués.

FED. Eso cree, ella; pero a quien va a ver es a Federica Sotolongo y Bernáldez Campuzano de Pontejos. Y lo que no sabe madame Tina es que si mi aristocracia es de las más rancias, mis músculos son de los más fuertes.

CAN. Gracias al medio que acaba de ocurrírseme y que es más sencillo que una ocarina, podrán ustedes convencerse de que Agapito Canosa y Guzmán de Alfarache ha dicho la verdad.

FED. ¿Y qué medio ese, señor Alfarache?

CAN. Valentina, para entrar en el despacho del Ministro tiene que pasar por este salón. En este salón estaré yo. Este salón tiene, como puede verse, su teléfono correspondiente... ¿No caen ustedes?

ACIS. No, señor.

CAN. Este teléfono tiene, como ustedes ven, un conmutador. (Explica y va haciendo todo lo que dice.) Que se mueve hacia la derecha, pues se pone en comunicación con el despacho del Subsecretario; que se mueve hacia la izquierda, pues se pone en comunicación con la secretaría particular del Ministro o sea con mi propio despacho.

FED. ¿Es decir que nosotros desde su despacho podemos oir cuanto hable usted aquí con madame Tina?

CAN. Ha caído la señora Marquesa.

FED. Me parece muy bien.

ACIS. Pues a nosotros no nos parece tan bien. Eso es prestarse a una farsa indigna de todos e indigna especialmente de la señora Marquesa.

CAN. (Indignado y agresivo.) Yo le ruego a la señora Marquesa que apruebe la idea que acabo de proponerla, porque de no aceptarla antes de diez minutos va a ver aquí una de leña que le vamos a dar resuelto al gobierno el problema de la calefación nacional.

ACIS. Señor Canosa, esas palabras...

CAN. Esas palabras, señor Acisclo, aunque usted no lo crea verosímil, tratándose de mí, las mantengo.

FED. ¡Por Dios, señores! ¡A qué viene esa actitud

entre amigos tan íntimos! ¡No puedo consentir que planteen ustedes una cuestión de honor por una sombrerera!

CAN. Yo estoy dispuesto a batirme a muerte por una sombrerera y por un armario de luna; ¡ya no puedo más!, ¡ya estoy harto de que se dude de mi palabra!, ¡ya estoy harto de que me den disgustos! Y ya sabe el señor Acisclo lo difícil que es verme a mí harto.

FED. No se enfade usted, Canosa. Ande, llévenos usted a su despacho.

CAN. *Tres voloutier*, que dicen los franceses. (Abriendo la mampara de la izquierda.) Pase la señora Marquesa. (A los otros.) Pasen ustedes.

ACIS. (Al pasar por delante de Canosa, en vez baja.) Como me ponga usted en evidencia le espero en la calle y le dejo delgado de un garrotazo.

CAN. (Alto.) Muy amable. (Bajo.) ¡Ja, jay!

NARC. (En el mismo tono que Acisclo.) Como quedemos mal con los Marqueses le pongo a usted la nariz en la nuca.

CAN. (Alto.) Amabilísimo. (Bajo.) ¡Jay alay! (Haciendo mutis y aparte.) Estos desgraciados no saben que el secretario del Ministro de la Gobernación es inviolable. (Hacen mutis. Hay una pausa. A poco cruza la escena el UJIER, abriendo la mampara de la derecha y como si recibiera una orden.)

UJIER Perfectamente. ¿Manda algo más Vuecencia? (Cierra la puerta, se dirige al teléfono y después de cambiar el conmutador llama insistentemente.) ¿Es subsecretaría? De parte del señor Ministro que reciba el señor Subsecretario a todas las comisiones que vengan a verle hoy. ¡Ah!... ¿De parte de Su Excelencia que si el señor Subsecretario llevó a la firma del señor Presidente los decretos despachados ayer? Perfectamente. (Hace mutis por el foro.)

CAN. (Por la izquierda.) Si hace quince días bebo como un Emperador, como como un Kaiser, almuerzo como un Rey y ahorro como un Romanones, se lo debo al señor Acisclo. Y en vez de sentir la menor gratitud hacia él, siento un deseo innoble de descoserle a puñetazos.

(UJIER sale por el foro llevando en una bandeja una tarjeta que entregará a Canosa.)

UJIER Esta señora desea ver al señor Ministro.

CAN. (Después de leer la tarjeta.) Que pase inmediatamente. (El Ujier hace mutis.) ¡Ella! (Se alisa el cabello, se retoca el nudo de la corbata, sacude con el pañuelo el polvo de las botas, etc. Después va al teléfono, llama sin tocar al conmutador y habla.) Ya está aquí. Mucha atención. (Deja el auricular sobre la mesa.)

(TINA aparece por el foro elegantísimamente vestida.)

TINA ¿Se puede?

CAN. Adelante.

TINA (Sorprendida al verle e intentando salir.) ¡Ah! Usted perdone... No es a usted a quien yo deseaba ver...

CAN. ¡Señora! Soy el Secretario particular de Su Excelencia.

TINA Muy señor mío.

CAN. Su Excelencia está ocupado y me ha encargado...

TINA ¿Que me entienda con usted?

CAN. Precisamente.

TINA Pues lo siento en el alma, pero es a Su Excelencia a quien tengo que hablar. Dígame usted cuándo puedo volver...

CAN. (Cayendo de rodillas.) ¡Valentina, conóceme! ¡Por la sagrada memoria de mi suegra, tu madre!

TINA ¡Caballero! ¿Se ha vuelto usted loco?

CAN. Loco de remate, pero tú tienes la culpa por desconocerme. (Recorre la escena de rodillas detrás de Tina.)

TINA Si no se levanta usted me veré obligada a pedir auxilio a los porteros.

CAN. Llama al Director General de Administración Local, pero de aquí no sales sin haberme absuelto.

TINA Señor mío, es usted despreciable.

CAN. ¿Empiezas a reconocerme?

TINA Empiezo a perder la paciencia. En mi patria los locos no están en las antesalas de los Ministerios. Yo no sé quién es usted ni le he visto a usted en mi vida.

CAN. ¡Valentina!

TINA Déjeme usted salir. Ni soy yo esa a quien usted implora, ni tengo por qué escucharle.

CAN. ¿Te obstinas en no conocerme? Está bien, Valentina, puedes salir, pero antes de que llegues al vestíbulo me habré saltado la tapa de los sesos.

TINA Por mi parte puede usted saltarse lo que guste.

CAN. ¡Dios de Israel! ¡Pero estoy soñando! ¿Pero eres tú aquella dulce mujercita que llevé a San Ildefonso hace ocho años? (Llevándola cerca del teléfono.) Responde. ¿Eres tú?

TINA No, señor.

CAN. (Tapando con la mano el auricular.) ¡Está bien! (Con súplica y emoción.) ¡Yo me confieso ante ti y me aporreo el pecho por mis culpas pasadas! ¿Te acuerdas, Valentina? Un día salí de casa diciéndote que iba a certificar una carta y todavía estoy haciendo cola. Te escribí pidiéndote perdón y me contestaste que habías muerto. ¿Te acuerdas? Al cabo de los meses nos encontramos en el tranvía; me arrojé a tus plantas y me diste tal bofetada que el conductor dió contramarcha creyendo que había chocado con un carro de mudanza. Desde ese día no nos hemos visto y ahora que nos vemos no quieres conocerme. ¡Tú no sabes, Valentina, lo que yo he llorado, lo que yo he sufrido. Porque estoy más enamorado de ti que antes de ir a certificar. Aquello de la Trini fué un devaneo; lo de la Poli, un trapicheo y lo de la Casquete un veraneo. Tú, tú eres la única mujer a quien yo he querido... y ahora, ¿me negarás que eres mi mujer? Responde. (El mismo juego que antes.)

TINA Yo no le conozco a usted.

CAN. (Trágico.) Pues que el infierno se concita en contra mía ¡qué venga el infierno pues! No me reconozca usted. Siga con sus sombreros. ¡Váyase! ¡Váyase usted a hacer capotas! ¡Yo seguiré rodando por el mundo sin hogar, sin cariño, sin tener quien me haga un zurcido en un calcetin, ni me acerque una taza de caldo cuando me esté muriendo! ¡Váyase usted! (Viendo que ella va hacia la puerta.) ¡No se vaya usted! ¡Perdóname, Valentina! ¡No me rechaces! ¡No me dejes morir como un perro!

TINA (Con naturalidad.) ¿Ha certificado usted ya toda su correspondencia?

CAN. ¡Pero si ya no me quedan sellos! ¡Valentina!

TINA ¡Eres un sinvergüenza!

CAN. ¡Al fin me reconoces! Ven aquí. (Al lado del teléfono.)

TINA Sí, desdichado. Al fin te reconozco. Eres el pobre hombre de siempre; débil con tus vicios; incapaz de resistir una tentación.

CAN. Eso era antes.

TINA Eso será siempre.

CAN. Te juro que te amo.

TINA ¿Y qué me importa a mí ya tu amor? Para nosotros el porvenir ha muerto y ya ni el pasado debe ser un recuerdo en nuestra vida. Mañana parto de Madrid.

CAN. Mañana partiremos.

TINA Yo sola.

CAN. Tú sola conmigo. A mí ya no me separa de ti ni el catorce tercio de la Benemérita.

(En la puerta del foro dan unos golpecitos. Inmediatamente aparece el UJIER.)

UJIER ¿Hay licencia?

CAN. Hayla.

UJIER Me manda el señor Subsecretario para que me entere de quién es el protagonista de la escena de amor que está escuchando por teléfono.

CAN. (Abalanzándose al conmutador.) ¡Mi eximia madre! ¡Pues es verdad! ¿Pero quién ha sido el animal que ha cambiado el conmutador?

UJIER El animal ha sido un servidor de orden del señor Ministro. Pero a lo que venía; el señor Subsecretario me encarga que si el referido protagonista de la mencionada escena de amor es el excelentísimo señor Ministro, me calle; pero que si es otro, que le diga que no tiene vergüenza. Dice el señor Subsecretario que para oir eso no ve la necesidad de que se le llame por teléfono.

CAN. El señor Subsecretario tiene más razón que San Agustín. Dígale de mi parte, que los protagonistas de ese idilio que ha sorprendido por teléfono somos mi esposa y yo. Y añádale, si no queda conforme, que vaya esta escena por las otras muchas que he sorprendido yo en su despacho y entre ellas, la que presencié ayer. Puede usted retirarse. (El Ujier hace mutis.) Y ahora, madame Tina de mi alma, cógete de esta alcayata, dale un puntapié a las confecciones y vámonos a

tomar el tranvía de la Bombilla para celebrar nuestra reconciliación.

TINA No sueñes, Agapito; la reconciliación es ya imposible entre nosotros. Déjame vivir mi vida y no te empeñes en resucitar un cariño que murió definitivamente.

CAN. El tuyo puede; el mío no tiene un simple constipado.

TINA No sueñes, Agapito.

CAN. ¿Ahora salimos con esas? ¿Después de haberme hecho concebir esperanzas? ¡Está bien! (Llorando amargamente.) Tienes razón. Veo que me engañé al suponer que en tu alma quedaba un rescoldo de aquel gran amor que me tuviste el día de San Ildefonso. ¡Ya veo que no te quedan ni las pavesas! Vete a hacer jipis mientras yo sigo arrastrándome en busca de un pedazo de pan que me den, hoy aquí, mañana allí, y pasado mañana ni aquí ni allí. Ya sé lo que me espera: ¡el hospital! Una ringlera de camas blancas con un número tétrico: el 47. Y un día, el 47 estira la pierna y una piadosa hermana de la Caridad, le echa por encíma una sábana blanca. Y aquella noche misma el desgraciado 47 bajará a la fosa común sin que nadie recuerde su nombre ni su historia. (Llorando a gritos cae de rodillas.) ¡Qué desgraciado soy, mi egregia madre!

TINA ¡Agapito, no llores más!

CAN. ¡Vete! ¡Déjame! ¡Ya sé que me odias!

TINA Odiarte... no.

CAN. Que no me quieres.

TINA Levántate, desventurado 47.

CAN. (Se levanta, deja de llorar y se abraza a ella como una lapa.) ¡Valentina! ¡Bendita seas cuarenta y siete veces! (Siguen abrazados.)

(En este momento salen por la izquierda FEDERICA, ACISCLO y BELLO y por la derecha TEÓFILO que se queda estupefacto al ver el cuadro.)

TEÓF. ¡Qué cuadro! ¡Señor Canosa! Veo con asombro que se permite usted abrazar a mis visitas y que usted no abraza, ¡atornilla!

ACIS. Señor Canosa, usted dirá hasta cuándo y para qué le vamos a estar aguardando en su despacho.

FED. No hemos oido nada absolutamente. Pero, ¿qué hace aquí esta señora? Yo he visto gen-

te fresca, pero usted, hija de mi alma, es una Navidad en Siberia.

TINA ¡Señora Marquesa!

TEÓF. Si yo no estoy confundido, esta señora venía a verme a mí.

TINA Sí, señor.

FED. ¡Qué cinismo! No me ha engañado el autor del anónimo.

TINA Como que soy yo.

FED. ¡Usted!

TINA Sí, señora. Quería que se reunieran todos ustedes aquí, para decirles a todos, que Agapito Canosa y Guzmán de Alfarache es mi esposo.

CAN. Por muchos años.

ACIS. Eso no puede ser.

CAN. Ya lo creo que puede ser.

FED. ¡Pero eso es una burla!

CAN. Eso es una obra de caridad.

NARC. Estéril desde luego, porque supongo que dejará usted su cargo hoy mismo.

CAN. Yo no puedo dejar la secretaría del señor Ministro, porque ya estoy entrenado en sus secretos, en los de la secretaría, y nadie puede sustituirme en este puesto de confianza.

FED. ¿Y va usted a abandonar al pequeño? ¡No y mil veces no! Ustedes se quedan a vivir en mi casa. ¡No faltaba más!

LEÓF. ¡No faltaba más! Usted y su señora.

CAN. ¡No faltaba más! Una vez reconciliado con mi mujer, yo no doy lecciones a Amalito más que por correspondencia. (Telón.)

FIN DEL JUGUETE CÓMICO

Obras de Luis Linares Becerra

TEATRO

Los dos cienos, drama en tres actos y en verso.
Gloria a Cervantes, apropósito en un acto y en verso.
Granete, juguete cómico en un acto y en prosa.
La canción de la bruja, comedia lírica en un acto y cuatro cuadros, en prosa y verso.
Alma negra, (5.ª edicion), drama lírico en un acto, dividido en un prólogo y tres cuadros, en verso y prosa.
El calor del nido, sainete en un acto y cuatro cuadros, en prosa y verso.
El belén nacional, revista de espectáculo, en un acto y seis cuadros.
Corazón serrano, drama lírico en un acto y tres cuadros, en verso y prosa.
Entre tejas, entremés.
La nubecita. comedia en un acto.
El castillo de las águilas, drama lírico en un acto y cuatro cuadros, en verso.
Como las flores, comedia en un acto y en prosa.
Los ojos vacíos, episodio histórico en un acto y cinco cuadros.
¡A ver si va a poder ser!, revista de gran espectáculo en cinco cuadros.
Las estrellitas del cielo, sainete en un acto y cuatro cuadros.
El clown bebé, (3.ª edición), comedia lírica en un acto y cuatro cuadros, en verso y prosa.
El pueblo soberano, drama en cuatro actos y en prosa.
El amor al prójimo, sainete en un acto.
Sor Angélica, comedia lírica en un acto y cuatro ouadros, en verso y prosa.
¡Qué te quieres apostar!, revista de gran espectáculo en un acto y cinco cuadros.
Sobre todas las cosas, comedia lírica en un acto.
¡Y sigue la vida!... drama en un acto y en prosa.
Los ángeles mandan, comedia lírica en un acto y cuatro cuadros.
El cuento del Dragón, (4.ª edición), comedia lírica en un prólogo y dos cuadros, en verso y prosa.
Los lugareños, opereta en un acto y tres cuadros, arreglo del alemán.
El amigo de la casa, sainete en un acto.
Los pantalones de mi mujer, vaudeville en dos actos y en prosa.
El buen amor, comedia en dos actos y en prosa.
Los marinos de papel, juguete cómico en tres actos y en prosa.
El poco juicio, sainete en un acto y cuatro cuadros.
El gran simulacro, zarzuela cómica en un acto y tres cuadros.
La escuela de las cortesanas, poema erótico en un acto, en verso y prosa.

La casa del Sultán, comedia lírica en un acto y cuatro cuadros.
El barrio latino, opereta en tres cuadros.
La gente baja, tres actos.
El ángel bueno, cuatro actos.
El puente de los crímenes, cuatro actos.
La desertora, cuatro actos, traducción de Brieux.
La benjamina, cuatro actos, traducción de Tristán Bernard.
Los cinco, cuatro actos y un prólogo.
El secreto de la biblioteca, tres actos.
La reina juguete, comedia lírica en dos cuadros.
El tinglado de la farsa, comedia lírica en tres actos, en prosa y verso.
La corte del terror, drama en cuatro actos.
El guante rojo, drama en cuatro actos.
El fantasma negro, drama en cuatro actos.
Agua de Borrajas, juguete cómico en tres actos.
Secretaría particular, juguete cómico en tres actos y en prosa.

POESÍAS

Canciones rebeldes. Prólogo de Salvador Rueda.
La fuente perdida. (En preparación.)
Asturias. Poema en dos cantos.

OBRAS DIVERSAS

Estudio económico de la Isla de Cuba. (Publicado por la Real Sociedad Geógrafica)
Cómo se hacen las cosas. Prólogo del Doctor A. González. Sociedad editorial Hispano Americana. París)
La voz del Oriente. Estudio literario y filosófico de Egipto y la India. Prólogo del Doctor López Atocha.
La bondad en la enseñanza y en el arte. Conferencia perteneciente al curso organizado por el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes.
El teatro de policías.—Conferencia pronunciada en el teatro del Gran Capitán, de Córdoba y publicada por *Teatro Mundial*.
Osma, estudío geográfico e histórico publicado por la Real Sociedad Geográfica.
Canciones y cantares, estudio acerca de la canción española.
La escuela rural en Castilla.

EN PRENSA

La Samaritana y *En olor de santidad*. (Narraciones sentimentales.)
El mar latino. Viajes por Francia e Italia.

Obras de Antonio Estremera

Libros usados. (1) Humorada lírica, original, con música de Revilla y Ruiz de Arana. (Teatro Moderno.)

El hijo de Doña Urraca. (2) Opereta en un acto, original, música de D. Ruperto Chapí. (Teatro de la Zarzuela.)

El hombre pañuelo. (3) Humorada lírica en un acto, original, música de Ribas y Ruiz de Arana. (Teatro de Novedades.)

El bajo cantante. Juguete cómico en un acto, en prosa y original. (Salón Nacional.)

La reina del tango. (4) Entremés lírico con música de Ribas y Ruiz de Arana. (Coliseo de la Flor.)

El hogar alegre. Pasillo cómico en un acto y original (Príncipe Alfonso.)

La pepita de oro. (3) Zarzuela en un acto, música de Ribas y La Viña. (Teatro de Novedades.)

El reloj de arena. (3) Fantasía lírica en un acto, música de D. Rafael Calleja. (Teatro Price.)

El Gran Duque Simple IV. (2) Opereta en un acto con música de D. Tomás Barrera. (Teatro Price.)

Juego de amor. (3) Opereta vienesa en tres actos, traducida y adaptada. Música de Englander. (Teatro Price.)

El padre Cirilo. (3) Humorada lírica, libro y música de Antonio Estremera. (Teatro Price.)

Las cuarenta horas. Pasillo cómico, original. (Teatro Cervantes.)

Pan de Viena. Caricatura lírica con música de D. Rafael Calleja. (Teatro de la Zarzuela.)

El statu quo. Inocentada lírica en colaboración con el maestro Calleja. (Teatro Cómico.)

El gran demócrata. Zarzuela en un acto con música de Ribas y Ruiz de Arana. (Teatro Cómico.)

El chic parisién. (3) Opereta en un acto con música de Englander. (Teatro de Apolo.)

El alma del león. (5) Fantasía lírica con música de Ernesto Ruiz de Arana. (Teatro de la Comedia de Buenos Aires.)

Cuento sinfónico. Monólogo en verso, adaptaciones musicales de Ernesto Ruiz de Arana. (Teatro Español.)

El día y la noche. (6) Vodevil en tres actos y en prosa.

El templo de Cupido. Comedia vodevilesca en tres actos, en prosa y original. (Teatro del Vodevil.)

Las mujeres de teatro. Comedia en tres actos, en prosa y original. (Teatro de la Zarzuela.)

La reina alegre. Humorada cómico-lírica en un acto, libro y música de Antonio Estremera. (Teatro de Novedades.)

Las medias caladas. (7) Humorada cómico-lírica en un acto con música de los maestros Alonso y Ribas. (Teatro del Buen Retiro.)

Agua de Borrajas. (8) Juguete cómico en tres actos y en prosa. (Teatro Lara.)

La mujer soñada.

El despertar del león.

El ogrò. (7) Comedia lírica en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, libro y música de Antonio Estremera. (Teatro de Novedades).

Secretaría particular. (8) Juguete cómico en tres actos y en prosa. (Teatro Infanta Isabel.)

---

(1) En colaboración con Emilio Sáenz.
(2) Idem con Mignel Chapi.
(3) Idem con Luis Candela.
(4) Idem con Antonio Candela
(5) Idem con Eduardo Montesinos.
(6) Idem con Luis de Olive.
(7) Idem con José Sabau.
(8) Idem con Luis Linares Becerra.

Precio: DOS pesetas.